

CUARTA SECCIÓN
REGIONALIZACIÓN Y BLOQUES ECONÓMICOS

A. UNIÓN EUROPEA

LA UNIÓN EUROPEA Y LA CRISIS DEL EURO

HÉCTOR GUILLÉN ROMO*

INTRODUCCIÓN

La mayoría de los medios de comunicación y de los políticos que adoran las ideas simples explicaban a partir de 2010 la crisis del euro con una historia de cigarras y hormigas.¹ Esta idea penetró en la población alemana que terminó por estar convencida de que Alemania escapó a la crisis, ya que contrariamente a los meridionales que como la cigarra gastan sin contar, los alemanes trabajan duro y saben ajustarse a sus medios. La crisis habría acontecido en Europa porque algunos Estados periféricos habrían pedido prestado demasiado y habrían gastado demasiado. La pequeña Grecia, la arrogante Irlanda y los indolentes ibéricos habrían intentado vivir por encima de sus medios y habrían empujado a sus gobiernos a financiar con deuda nacional un nivel de vida muy superior a lo que sus esfuerzos productivos podían permitirles. Esta manera de ver las cosas se acompaña de la convicción de los alemanes de su propia irreprochabilidad y de la necesidad de que las cigarras sean castigadas incluso si ellos mismos corren el riesgo de absorber una parte del castigo. Este modo de presentar las cosas es simplemente falaz.² Como análisis de la causa de la crisis europea, la fábula de Jean de La Fontaine

* Universidad de París 8, Vincennes Saint-Denis.

¹ “Las cigarras griegas se habían ido de pinta, y un buen día, bruscamente, su hermoso verano financiado a crédito terminó. Entonces pidieron a las hormigas calvinistas que las sacaran de apuros, así como a todas las cigarras de Europa. Y hoy las hormigas se enteran de que las cigarras griegas no quieren reembolsar su deuda. Quieren continuar, la vida licenciosa, la fiesta bajo el sol, y piden un nuevo crédito para financiar todo eso. Incluso eligieron a un montón de socialistas e izquierdistas radicales para morder la mano que las nutre. Hay que darles a las cigarras una buena lección, si no otros Europeos, hechos de una madera más blanda que las hormigas serán incitados a llevar también la buena vida” (Varoufakis, 2016, p. 15).

² “El punto de vista dominante de la crisis fue modelado por los académicos, *think-tanks*, actores de los sectores privado y público, y poderosos intereses empresariales y financieros

nos envía por un camino erróneo. Aunque el déficit de Grecia era ciertamente elevado, Irlanda era un parangón de virtud presupuestal. El presupuesto español estaba incluso en excedente cuando el crac de 2008 estalló y Portugal no mostraba un resultado peor que Alemania en materia de déficit y endeudamiento.³ La verdadera causa de la crisis de la zona euro no tiene nada que ver con el comportamiento de las cigarras y las hormigas. Se encuentra en la zona euro y particularmente en la invención del euro. Lo anterior lleva a una paradoja: los pueblos europeos que durante mucho tiempo se habían unido muy bien se dividieron a causa de la moneda común. Inconscientes de los problemas macroeconómicos que originan las uniones monetarias, los europeos crearon un sistema que suprimía todos los amortiguadores de choques y garantizaba involuntariamente que el choque cuando aconteciera —como el de la crisis de los suprime en 2008— sería gigantesco y condenaría Europa a desgarrarse. Las instituciones europeas no fueron concebidas para soportar las ondas de choque de un sismo mundial tan monumental como el de 2008. Europa entró en una crisis de la cual es ella la única responsable y que amenaza con cuestionar 60 años de integración europea.⁴

LA COMUNIDAD ECONÓMICA EUROPEA

Antes de que se concretizara un auténtico proyecto y que se volviera un objetivo preciso de la política gubernamental de los países europeos, la idea europea se limitaba a los escritos de filósofos y escritores. La perspectiva de los Estados Unidos de Europa, según la expresión de Víctor Hugo, correspon-

alemanes, incluidos los que estaban al mando de los medios de comunicación (no sólo los ‘populares’, sino también los medios de calidad)” (Holland, 2016, p. 206).

³ (Varoufakis, 2014, p. 244). Es una lástima que el primer país que entró en crisis haya sido Grecia, dado que su situación particular permitió a Alemania y otros países dirigir los proyectores sobre las fallas que se atribuían a este país, particularmente su prodigalidad presupuestal, ignorando los problemas que conocían otros países que no tenían ni pesadas deudas ni déficits elevados (al menos hasta antes de la crisis). España e Irlanda tenían un excedente presupuestal antes de la crisis y en los dos países la relación deuda/PIB era baja. Si la interpretación alemana de la crisis fuera justa, si las causas de las crisis fueran los déficits y las deudas, España e Irlanda nunca hubieran tenido problemas. Claro está, tras la crisis financiera mundial de 2008, los dos países vieron subir su deuda pública y su déficit presupuestal. Pero fueron la gravedad de la crisis y su duración las que provocaron las deudas y los déficits y no lo inverso (Stiglitz, 2016, p. 41).

⁴ “En la jerarquía de palabras obscuras y sin belleza con que los discursos económicos llenan nuestra lengua, el término integración ocupa un buen lugar. Parece designar el acto de dar cohesión a una sociedad humana o a algunas de sus actividades, aquellas que por ejemplo tienen relación con la producción, el intercambio y el consumo de servicios útiles a los hombres. El acto de integrar reúne elementos para formar un todo o bien aumenta la cohesión de un todo

día a un ideal humanista y pacifista. Después de la Segunda Guerra Mundial, el concepto de una organización del continente capaz de superar los antagonismos nacionales fue lanzado por Jean Monnet, inspirador del plan Schuman que creó la primera Comunidad Europea (Forowics, 1995, pp. 283-306). En efecto, la idea (promovida por los Estados Unidos) de crear una organización europea fue lanzada en 1950 por el ministro francés de Relaciones Exteriores, Robert Schuman. Desde el principio el proyecto europeo sufrió de un déficit democrático. Se trataba de un proyecto impuesto desde arriba por dirigentes visionarios. El punto de partida es el Tratado de París que instituyó en 1951 la Comunidad Europea del Carbón y del Acero (CECA), organismo destinado a coordinar la producción de estos dos recursos básicos en aquella época. Los países firmantes de dicho tratado fueron seis: Francia, Alemania Occidental, Italia, Bélgica, Países Bajos y Luxemburgo (seis viejas naciones, muy diferentes entre sí y desiguales en poder). Se trataba de un cartel del carbón y del acero dominado por Alemania, dirigido por una administración internacional dominada por Francia e instalada en Bruselas. Así, la Unión Europea nació bajo la forma de un cartel de productores de carbón y de acero que abierta y legalmente controlaba los precios y la producción gracias a una burocracia internacional, investida con poderes jurídicos y políticos que le permitían suplantar a los parlamentos nacionales e ignorar los procedimientos democráticos (Varoufakis, 2016, p. 90). De hecho, la tarea inicial de la burocracia de Bruselas consistía en fijar los precios de los productos siderúrgicos y carboníferos, así como eliminar todas las restricciones a su libre circulación o a su venta entre los Estados miembros del cartel.

Los autores del Tratado de París habían escogido la integración procediendo por sectores económicos con la esperanza de que la extensión de acuerdos similares a otros sectores económicos condujera finalmente a una unión económica general. Sin embargo, este deseo no se realizó. La CECA, tras un periodo de éxitos relativos, conoció a inicios de 1959 una crisis carbonífera (caracterizada por la acumulación de stocks en las minas) que sacudió sus fundamentos. De cualquier manera, la CECA constituyó un primer paso hacia la creación de la Comunidad Económica Europea (CEE), ya que jugó un papel importante en la preparación económica y psicológica para la creación de este último organismo.

ya existente. Integrar Europa sería, suponiendo que los elementos de Europa fueran naciones, reunir estos elementos en un todo que merece por su cohesión ser denominado Europeo. O bien aumentar la cohesión de un todo ya existente que sería legítimo llamar Europa. Este acto se cumple difícilmente sin disminuir la cohesión entre las naciones europeas y las que no lo son, sin disminuir también la cohesión entre Europa considerada como un todo y el resto del mundo” (Perroux, 1990, p. 429).

El Tratado de Roma que instituyó la CEE fue firmado en 1956 por los seis países miembros de la CECA.⁵ La agenda liberal de dicho tratado (en el cual no hay ningún compromiso con el denominado “modelo social europeo”, pero recurre a las intervenciones de los Estados y de las instituciones) plantea como objetivo primero la creación de un mercado común donde las mercancías, las personas y los capitales circulen libremente. Dicho mercado reposa sobre cuatro libertades fundamentales: libre circulación de mercancías; libertad de establecimiento y libre prestación de servicios;⁶ libre circulación de trabajadores; y libre circulación de capitales. La libre circulación se suponía que conduciría a la asignación eficaz de la mano de obra y del capital, lo que debía reforzar la prosperidad de Europa. Cada uno se dirigiría ahí donde los rendimientos serían más altos. El concepto fundamental del Tratado de Roma es la *supranacionalidad*, lo que significa la transferencia de responsabilidades gubernamentales a instituciones comunes.⁷ Según dicho concepto, los problemas nacionales deben volverse comunes. Sin embargo, los autores

⁵ Los seis países se encuentran en la zona europea donde los transportes se concentran al máximo: es el cuadrilátero de la más grande intensidad aérea (Londres, Bruselas, Roma, París) recubriendo poco más o menos el cuadrilátero de la más grande intensidad ferroviaria (Londres, Colonia, Milán, París) y el área de mayor concentración de vías fluviales. El complejo industrial de los seis es el segundo en el mundo por las inversiones, la capacidad de producción y el nivel tecnológico. Su comercio exterior tiene la estructura de los conjuntos altamente industrializados que conservara en su desarrollo ulterior: las exportaciones de productos industriales permiten enfrentar las importaciones de productos alimenticios, materias primas y energía que tanto faltará a Europa de manera creciente (Perroux, 1990, pp. 704-705). La CCE se extiende en 1973 al norte con la adhesión de Gran Bretaña, Dinamarca e Irlanda; en 1981 al Sur con la adhesión de Grecia seguida en 1986 por las de España y Portugal; en 1990 la RDA se incorpora gracias a la reunificación alemana y finalmente en 1995 se incorporan Austria, Finlandia y Suecia.

⁶ El derecho de establecimiento, definido por el Tratado de Roma, consiste en la libertad de instalación de las personas que ejercen una actividad independiente. Se trata no sólo de personas físicas sino de personas morales, es decir, sociedades. La libertad de establecimiento implica, para toda empresa de un país miembro, la posibilidad de instalarse en otro país miembro por intermedio de una agencia, una sucursal o una filial. Esto facilita la movilidad de las empresas y la relocalización de sus actividades. El tratado prevé también la libre prestación de servicios vinculados a un peritaje, un espectáculo, etc. El principio fundamental de este derecho es el de la igualdad de tratamiento entre los nacionales de cada Estado y los de los otros Estados miembros.

⁷ “En lugar de crear una confederación de Estados-nación libres de decidir lo que quieren hacer juntos y lo que no, prevaleció el diseño supranacional de Monnet” (Holland, 2016, p. 69). Dicho diseño fue fuente de dificultades en serie durante la posguerra: “Obligó a Attlee a rechazar la propuesta de CECA de Monnet en 1957, dividiendo Europa en una Comunidad Europea y en un Área Europea de Libre Comercio casi por dos décadas. Condujo al déficit democrático que arrastra la UE [Unión Europea], muy anterior a la crisis de la zona euro, visible por ejemplo cuando con los pedazos de una Constitución rechazada [en 2004] por todos los electorados a los que se dio la posibilidad de aprobarla, se escribió el Tratado de Lisboa [2007]. Así como a su persistente déficit social, posible gracias al desplazamiento de los objetivos de mejora de calidad de vida y de cohesión del Tratado de Roma y del AUE [Acta Única Europea] de 1986” (Holland, 2016, p. 196).

del tratado insisten particularmente sobre el hecho de que no hay que confundir supranacionalidad con abandono de la soberanía nacional. El Unionismo no debe ser confundido con el Federalismo.⁸ En estas condiciones, la Unión Europea nace como un cartel de la industria pesada (más tarde ampliado a los agricultores gracias a la política agrícola común) bien decidida a fijar precios y redistribuir beneficios de oligopolio gracias a la burocracia de Bruselas, aunque con el compromiso de aumentar el nivel de vida.

Como es bien conocido, cuando la Segunda Guerra Mundial estaba por concluir, todas las naciones europeas desgarradas por la guerra estaban fuertemente endeudadas con respecto a los Estados Unidos a quien le habían transferido grandes cantidades de oro, hecho que contribuyó a la determinación de los Estados Unidos de hacer del dólar un eje central del sistema de Bretton Woods. Habiéndose convertido en la locomotora de la economía mundial, los Estados Unidos no tenían ninguna intención en poner un freno a los importantes excedentes comerciales que obtenían de manera sistemática con respecto al resto del mundo. El dólar se volvió la divisa universal y los Estados Unidos exportaban mercancías y capital hacia Europa y Japón a cambio de inversiones directas en sus economías y clientelismo político. Una hegemonía fundamentada en el financiamiento directo de los centros capitalistas extranjeros, pagado con un déficit comercial estructural con respecto a los Estados Unidos. En estas condiciones, se asiste en Europa en el marco de la CEE a una edad de oro de prosperidad compartida caracterizada por un fuerte crecimiento, desempleo inexistente e inflación débil. La edad de oro de Europa comenzó a esfumarse cuando el excedente americano des-

⁸ El Federalismo se basa en instituciones. Organiza agrupamientos humanos, particularmente agrupamientos territoriales en un conjunto donde las competencias, los poderes y las tareas son repartidas entre órganos federales y locales (organismos ex nacionales). El Unionismo tiene contornos menos netos. Reposo en tratados o instituciones. Los agrupamientos territoriales que intervienen cooperan según modalidades más flexibles y muy diversas para alcanzar objetivos comunes. Tratados firmados, instituciones especializadas establecidas en un espíritu de cooperación durable entre naciones pueden ser considerados como procedimientos unionistas. La Unión se precisa cuando la unidad de acción en el grupo, el número y el contenido de los tratados y de las naciones son tales que las naciones consideradas forman un conjunto animado por un propósito común. Europa occidental se reconstruyó usando procedimientos unionistas. Entre los economistas, tanto G. Haberler como R. F. Harrod se pronunciaban por el Unionismo. Para Haberler, las realizaciones inmediatas son demasiado urgentes como para comenzar por erigir un Estado federal. Por su parte, Harrod considera que lo que las naciones pueden hacer en el terreno económico que lo hagan, lo que pueden hacer junto sin un pesado aparato de instituciones comunes que lo hagan, que lo hagan también sin soportar los gastos ni el peso de organizaciones permanentes. Reservemos los procedimientos unionistas a lo que no puede ser cumplido por las naciones. No construyamos una organización federativa supranacional antes de haber agotado las posibilidades y los recursos que nos ofrecen los órganos y las técnicas unionistas ya en uso (Perroux, 1990, pp. 442-447).

apareció. El auge de las exportaciones industriales alemanas y japonesas que los Estados Unidos habían sostenido por diversos medios condujo a que Alemania y Japón acumularan sus propios excedentes. Y como el excedente de una economía es el déficit de otra, los excedentes alemán y japonés se constituyeron a costa de los Estados Unidos, que se preocupaban más por estabilizar permanentemente la economía mundial que por preservar su propio excedente. Mientras que se volvía evidente que los Estados Unidos pasaban de ser un país acreedor a ser un país deudor, de ser una economía excedentaria a una economía con déficit estructural creciente, los dirigentes de Washington sabían que si se apretaban el cinturón a nivel nacional para frenar los déficits emergentes (reduciendo el gasto público, aumentando los impuestos e imprimiendo menos dólares) iban a desestabilizar el orden mundial que reposaba en las larguezas americanas. Por lo tanto, la FED continuó creando tantos dólares como fue necesario para impedir una fuerte recesión del conjunto del capitalismo mundial. En consecuencia, el Estado y el sector privado americano se hundieron en los números rojos y se volvieron deudores netos de Europa y Japón. Pero mientras los Estados Unidos conservaron el monopolio de la moneda única del mundo, el dólar, explotando lo que Valery Giscard d'Estaing (ministro de Finanzas y de la Economía del general De Gaulle) denominó el “privilegio exorbitante”, el sistema de Bretton Woods perduró con un soplo de vida, hasta su abandono en 1971.

En los años setenta, los Estados Unidos se pusieron a absorber una gran parte de la producción industrial del resto del mundo que superaba ampliamente la demanda interna de los países productores. Los Estados Unidos registraban un déficit comercial que correspondía naturalmente a los excedentes acumulados de los países con excedente entre los que destacaban Alemania y Japón. Como contrapartida, día tras día, buscando un rendimiento óptimo, los empresarios de las naciones excedentarias reexpedían los beneficios así ganados a Wall Street, que a su vez utilizaba este flujo de capitales extranjeros para tres fines: *a)* el financiamiento del crédito al consumo del consumidor americano; *b)* la inversión directa en las empresas americanas; y claro está, *c)* la compra de bonos del Tesoro americano (financiamiento del déficit del gobierno federal). En el centro de este mecanismo mundial de reciclaje de los excedentes que Yanis Varoufakis compara a un Minotauro operando a la escala planetaria, están los dos déficits gigantes de los Estados Unidos: el déficit de la balanza comercial americana y el déficit presupuestal del gobierno federal. Para Varoufakis dichos déficits, que son el motor del “bucle” de los intercambios mundiales de bienes y capitales, juegan un papel estabilizador de la economía mundial (Varoufakis, 2014).

EL FRACASO DEL PLAN WERNER

En 1969 los jefes de Estado europeos, reunidos en La Haya, decidieron emprender una reflexión sobre los medios de realizar una unión económica y monetaria. El Plan Werner (Kauffmann, 1997), presentado en octubre de 1970, formuló diferentes proposiciones para llegar a una convertibilidad total de monedas, la desaparición de márgenes de fluctuación, la introducción de tipos de cambio irrevocablemente fijos y una liberación total de movimientos de capital. Entre dichas proposiciones destacaban: la centralización de la política monetaria interna a la Comunidad y externa con respecto al resto del mundo, la centralización de la política presupuestal (los saldos y su modo de financiamiento son decididos a nivel comunitario) y la centralización a nivel comunitario de las políticas regionales y las relaciones sociales. Esto significa que, entre otras cosas, el Plan Werner estipulaba explícitamente que la necesaria coordinación de los gastos públicos y de las políticas fiscales nacionales era una condición previa para una unión monetaria viable. Esta idea fue introducida en el Plan por los representantes alemanes con el apoyo de sus colegas italianos y holandeses, pero contra el punto de vista explícito de Francia. Fiel a su visión gaullista de Europa como medio de reforzar y no de debilitar el Estado-nación, Francia se oponía a esta dimensión federalista. Pretendía un marco europeizado pero conservando su soberanía nacional en materia presupuestal. Cuando la Comunidad Europea tomó partido por Francia, como en general lo hacía antes del nacimiento del euro, Alemania perdió entusiasmo por el plan que de todas maneras no resistió a las tormentas monetarias de los años setenta.

LA SERPIENTE MONETARIA EN EL TÚNEL

Cuando en 1971 con el abandono de Bretton Woods, las tasas de cambio entre las monedas europeas comenzaron a variar fuertemente al alza o a la baja, la Unión Europea tuvo muchas dificultades para administrar el corazón de su actividad: el cartel de la industria pesada y la política agrícola común. Si ya no se podía asegurar la estabilidad de precios del acero, del carbón y de los productos alimenticios entre los países signatarios del Tratado de Roma, hacer funcionar un cartel que fijara estos precios resultaba imposible. Sin este cartel, la Unión Europea perdería una de sus razones de ser: zozobraría en guerras de precios que destruirían la distribución existente del poder político, acentuando el antagonismo entre las capitales europeas, lo que sería muy negativo para un continente que se esforzaba por voltear la página de su pasado tumultuoso.

Para conjurar este escenario surgió en Europa la idea de la “serpiente en un túnel”. En 1972, en Basilea, los países de la Unión Europea más Gran Bretaña, Irlanda, Dinamarca y Noruega se pusieron de acuerdo para restringir las fluctuaciones de las tasas de cambio entre sus divisas respetando restricciones de un extremo rigor. En efecto, cada moneda sólo podía fluctuar con respecto al dólar en los límites de un túnel de una amplitud de 4.5% al interior del cual se contorsiona una “serpiente” de un espesor de solamente 2.25%. Para respetar la serpiente, los bancos centrales se comprometen a intervenir en sus monedas. Como complemento, también en 1972 se crea un Fondo de Cooperación Monetaria para asegurar las políticas de apoyo a los tipos de cambio.

En 1973, los países europeos deciden dejar flotar su moneda con respecto al dólar, aunque conservando entre ellas un margen de fluctuación de $\pm 2.25\%$. La serpiente monetaria podía ahora fluctuar libremente sin chocar con las paredes de acero del túnel. Incluso se autoriza a realizar ajustes puntuales, como cuando la República Federal Alemana revaluó su moneda en 3%. Este sistema escapaba al cuadro comunitario. Países miembros —Gran Bretaña, Irlanda e Italia— permanecían fuera, mientras que países no miembros —Noruega y Suecia— se adherían.

Esta segunda versión de la serpiente no va a resistir a los movimientos de fondo (Siroën, 1991, p. 267). La estabilidad de los tipos de cambio exigía la convergencia de los resultados económicos sobre todo en materia de inflación y saldo externo. Ahora bien, el choque petrolero de 1973 acentuó las divergencias. La industria alemana, más competitiva y la política económica alemana más restrictiva permitieron así obtener rápidamente, con una inflación menor, el excedente de exportación necesario al financiamiento de la factura petrolera. Por el contrario, Francia con sus estructuras industriales aun frágiles, conduce una política menos severa que se orienta, incluso resueltamente en 1975, hacia la reactivación.

En ausencia de un mecanismo para reciclar los excedentes de los países excedentarios (Alemania, Países Bajos, la parte flamenca de Bélgica, Austria y los países escandinavos) hacia los países debilitados por sus déficits (Italia, Grecia, España y Portugal), los países deficitarios no podían mantener una tasa de cambio fija con los otros, particularmente en tiempos de crisis (Varoufakis, 2016, pp. 108-109). Para mantenerse en el seno de la serpiente monetaria europea, un país con déficit comercial debía atraer en todo momento capitales extranjeros para financiar sus importaciones netas. Ahora bien, lo que atrae capitales extranjeros, son las tasas de interés elevadas y lo que les hace huir es el riesgo de las dificultades del Estado para pagar sus facturas o reembolsar a sus acreedores. Dicho de otra manera, para permanecer en la serpiente, el país deficitario debía simultáneamente au-

mentar el costo del crédito y disminuir su gasto público. Pero el dinero caro reduce las inversiones de las empresas del país deficitario, lo que tendrá como efecto deprimir el empleo y los ingresos privados. Si además, el Estado reduce el gasto público para tranquilizar a los inversionistas extranjeros, es el gasto total (privado más público) el que va a disminuir.

Para los países deficitarios salir de la serpiente no resultaba más fácil. Esto significaba devaluar su moneda con respecto al marco, para volver más caros en su territorio no sólo los bienes de consumo importados sino también los bienes de capital. Confrontados a una decisión difícil de tomar —provocar una recesión de su economía o despertar los conflictos sociales suscitados por la inflación—, la mayoría de los gobiernos hubieran preferido la inflación provocada por una salida de la serpiente. Tal fue la posición de la Gran Bretaña. Pero en el continente, en Francia en particular, la voluntad colectiva de los poderes públicos tenía otra prioridad: salvar al cartel europeo muy lucrativo, al menos para la burguesía y la gran burocracia multinacional de Bruselas. Incluso, al precio de una recesión terrible y dolorosa de sus economías nacionales, se podía en general contar con los medios políticos de los Estados estrechamente vinculados al cartel para mantener a su país vinculado a este sistema.

En 1974, Francia se retira seis meses de la serpiente. Se reincorpora en 1975 antes de abandonarla definitivamente en 1976. En 1978 la serpiente se limita a una zona del marco alemán reagrupando a Bélgica, Holanda, Luxemburgo, Dinamarca y, desde luego Alemania Occidental. Desde su creación hasta su abandono, la serpiente conoció nueve reajustes. Este fracaso revela la incapacidad de los países europeos para armonizar su política económica. Los países de moneda débil (como Francia) y Alemania consideraban que la cooperación fuertemente limitada por los medios financieros no bastaba para eliminar la disimetría del sistema. En efecto, se consideraba que era Francia la que tenía que intervenir para defender un franco demasiado débil y no Alemania para contener el alza del marco. Siendo así, Francia agotaba sus reservas interviniendo, en tanto que Alemania las acumulaba. Por el contrario, Alemania temía la “importación de inflación” que suscitarían las intervenciones exigidas para sostener a las monedas débiles.

EL SISTEMA MONETARIO EUROPEO (SME)

Este sistema, que entró en aplicación en 1979, fue conjuntamente propuesto a los países europeos por el canciller Helmut Schmidt y el presidente Giscard d'Estaing con el objetivo de crear progresivamente una zona durable de estabilidad. Entre los países de la CEE sólo Gran Bretaña e Italia

rechazaron adherir plenamente.⁹ El SME retoma el principio de la “serpiente” pero con modificaciones significativas y mecanismos específicos.¹⁰ El SME es un sistema de tipos de cambios fijos pero ajustables (como Bretton Woods). Las monedas que participan están obligadas a respetar bandas predefinidas de fluctuación alrededor de paridades centrales. Estas pueden ser ocasionalmente modificadas, pero sólo con el acuerdo del conjunto de los países participantes.

La creación del SME resulta de una voluntad política. Francia aceptaba (a pesar del paréntesis 1981-1983) plegarse a las concepciones alemanas en materia de política económica y luego entonces de incorporar el franco francés a una zona del marco.¹¹ Alemania Occidental, por su parte, y a pesar de las reticencias de su banco central, se resignaba a la cooperación. Los dos países renunciaban, de una cierta manera, a la autonomía de su política monetaria interior, Francia sometiéndola al “leadership” alemán y Alemania aceptando que su política monetaria interna se ajuste, hasta cierto punto, a las restricciones exigidas por el sistema.

⁹ El SME llegó con una escolta de nuevos empleos y competencias inéditas para la burocracia de Bruselas. Contrariamente a la serpiente, el SME tenía necesidad de una gestión central. Ésta sería asegurada por los burócratas de Bruselas, que iban a organizarlo conjuntamente con otros funcionarios de las grandes capitales europeas: perspectiva alentadora para las elites siempre en busca de campos de batalla más bastos para desplegar sus poderes (Varoufakis, 2016, p. 110).

¹⁰ A este respecto, cabe destacar la creación del ECU (European Currency Unit). Se trata de una canasta de divisas como el DTS cuya ponderación es función de la parte del país en el PIB comunitario y en el comercio intracomunitario. El ECU será utilizado como denominador (numerario) en el mecanismo cambiario, como base para el establecimiento de un indicador de divergencia, como denominador para las operaciones que entran en el cuadro tanto del mecanismo de intervención como del mecanismo del crédito y como medio de pago entre las autoridades monetarias de la comunidad europea (Siroën, 1991, p. 269).

¹¹ En 1980 el primer ministro francés Raymond Barre sacrificó el empleo en Francia para mantener la estabilidad del franco. En un país donde el desempleo aumentaba practicó la austeridad: disminución de las prestaciones sociales, aumentos del impuesto al valor agregado, reducciones de la inversión pública, etc. Sacrificó los empleos para mantener el valor del franco en marcos dentro de los límites del SME. Un año más tarde en 1981, las restricciones presupuestales de Barre le costaron a Giscard la presidencia y llevaron al socialista François Mitterrand al Eliseo. Este último, dejando de lado el periodo 1981-1983, siguió con la política de austeridad. En efecto, Mitterrand debió escoger entre salir del SME devaluando la moneda o renunciar a su programa anti austeridad para permanecer en el interior del SME. Enfrentando la indignación de la izquierda el presidente optó por el SME. Pero para permanecer vinculado a este protoeuro, había que atraer las divisas extranjeras a Francia, luego entonces elevar las tasas de interés, reducir el gasto público y, fundamentalmente, provocar una recesión de la economía francesa para mantener la estabilidad del tipo de cambio entre el franco y el marco. Ésta fue la primera vez que un gobierno de izquierda renunciaba a un programa anti austeridad para permanecer fiel a la lógica de acero de la unión monetaria europea. El cambio súbito de opinión de Mitterrand dejó una marca indeleble en Europa y, claro está, en Francia (Varoufakis, 2016, pp. 154, 164).

El SME no funcionó como un auténtico régimen de cambios fijos perfectamente simétrico donde todas las monedas participaban bajo un pie de igualdad. La principal fuente de simetría en un régimen de cambios fijos es bien conocida: se trata del grado de libertad de que gozan los países participantes, considerados en conjunto, en materia de política monetaria. En efecto, en virtud del “triángulo de la incompatibilidad”,¹² cuando los capitales son suficientemente móviles, la rigidez cambiaria prohíbe tener una política monetaria autónoma.¹³ En el caso del SME, los objetivos escogidos fueron la estabilidad de cambios y la movilidad de capitales (apertura financiera) y el objetivo sacrificado fue la autonomía de la política monetaria.

Por un lado, desde sus inicios el SME puso el acento en la lucha contra la inflación. Tras los dos choques petroleros, los países europeos, como la mayoría de los países de la OCDE, conocieron fuertes aumentos de precios. La Bundesbank, siendo la banca central que registraba los mejores resultados entre las bancas comunitarias en materia de inflación, parecía coherente a que las políticas monetarias de los otros Estados participantes en el SME se calcaran sobre la suya. Fue así que el gobierno francés hacia todo lo que podía para demostrar a la Bundesbank sus capacidades para introducir la austeridad: utilizaba todos los mecanismos a su alcance para hacer que su inflación cayera por debajo de la alemana, alineaba sus tasas de interés con las de Fráncfort y trataban de mostrar que el franco era igual al marco (los responsables franceses se expresaban como si la unión monetaria entre Fran-

¹² El “triángulo de la incompatibilidad” fue una expresión inventada por el premio Nobel de Economía Robert Mundell. Según el economista canadiense, en una economía abierta, un país sólo puede alcanzar como máximo dos objetivos entre los tres siguientes: libertad de movimiento de capitales, determinación del tipo de cambio y autonomía de la política económica. Si un país desea tener una política monetaria favorable al crecimiento (bajas tasas de interés) sin que sus capitales huyan buscando tasas de interés más ventajosas, tiene que encarecer el costo de esta migración, es decir, aceptar cambios flotantes que van a volver más costosa la adquisición de divisas. O bien tiene que controlar los movimientos de capitales. Y si no quiere implementar ninguna de estas dos políticas, tiene que renunciar a una política monetaria autónoma y alinearse con el nivel de remuneración de los capitales colocados en los países con los que está en competencia (Mundell, 1960).

¹³ Alentar el libre cambio (suprimiendo derechos de aduana y cuotas) y fijar el tipo de cambio son dos políticas que pueden ser asociadas fructuosamente; pero hacer las dos cosas a la vez y autorizar simultáneamente la libre circulación de capitales a través las fronteras es fuente de dificultades. En efecto, cuando el dinero es libre para desplazarse, en las épocas de prosperidad busca tasas de interés más elevadas. Los países con déficit externo ofrecen tasas de interés superiores, y, si los tipos de cambio son fijos, resultan muy atractivos para los capitales excedentarios de los países con excedente. Pero su afluencia crea en las zonas deficitarias una montaña de deudas que ante el primer signo de cambio de la coyuntura económica no podrán ser reembolsadas. Es por ello que existe un consenso entre los economistas para considerar que la libre circulación de mercancías y de capitales no pueden ser asociados a tasas de cambio fijas, salvo si el sistema prevé un mecanismo de reciclaje político del excedente (Varoufakis, 2016, p. 198).

cia y Alemania fuera ya efectiva en todos sus puntos, con la única diferencia de que los billetes franceses y alemanes tenían imágenes diferentes) (Varoufakis, 2016, p. 169). Por otro lado, cuando una moneda alcanza su curso piso, las reglas del SME obligaban a los dos bancos centrales involucrados a intervenir. Pero existía un sesgo favorable a la moneda fuerte. El país que la emitía veía, en efecto, sus reservas cambiarias aumentar como resultado de sus intervenciones, lo que resultaba más fácil de asumir que la disminución de sus reservas para el país de moneda débil. Además, este último debía, en caso de haberse endeudado para defender su moneda, reembolsar en divisas, lo que le hacía soportar un riesgo cambiario, ejerciendo una presión suplementaria. En estas condiciones, fue la moneda tendencialmente más fuerte, emitida por el banco central con la mayor aversión por la inflación, la que poco a poco se volvió “el ancla” del SME. Esto permitió que varios países lograran una notable desinflación en los años ochenta. Este resultado, aunado a una disminución progresiva del número de reajustes cambiarios, condujo a considerar el SME como un éxito, al menos durante su primera década de existencia.

Posteriormente, la asimetría que contribuyó inicialmente a su éxito fue un factor decisivo en el surgimiento de dificultades. En efecto, Europa conoció a inicios de los años noventa, un choque macroeconómico mayor debido a la reunificación alemana. La teoría económica está de acuerdo en considerar que este suceso hubiera necesitado una reevaluación del marco alemán e introducir una diferenciación entre la política monetaria alemana y la de sus socios. Alemania reunificada debía luchar contra una demanda excedente emanando de la ex RDA que atizaba la inflación, lo que la condujo a aumentar las tasas de interés, en un momento en que sus socios entraban en recesión engendrando desempleo.¹⁴ El rechazo de algunos países, entre los que destacaba Francia, para aceptar un realineamiento de los tipos de cambio, que hubiera podido interpretarse como un abandono de la política económica seguida hasta entonces (un compromiso firme y creíble de subordinar los objetivos de la política interior a la defensa de la paridad), abrió las puertas a las crisis monetarias de los años 1992-1993 generadas por un ataque especulativo masivo.¹⁵ Fue en este momento que Alemania aceptó

¹⁴ Cabe recordar además que “en la década de 1990, tras la reunificación de Alemania, empresas como Siemens, Volkswagen o Bosch, entre otras, exigieron a los sindicatos alemanes jornadas laborales más extensas sin compensarlas con aumentos salariales. Y lo consiguieron sin que los sindicatos representados en sus consejos de administración tuvieran derecho compensatorio alguno a impugnar aquella medida. Aquello socavaba también el compromiso de los gobiernos alemanes de la posguerra con los principios de una economía social de mercado [...]” (Holland, 2014, p. 52).

¹⁵ Una mayor estabilidad no bastaba para poner las naciones participantes en el SME al abrigo de los movimientos de capital especulativos y desestabilizantes. Grupos financieros cuya

la idea de una moneda común, es decir, de una unión monetaria permanente que impediría que los especuladores saquen partido de las fluctuaciones entre las monedas europeas. Los otros países europeos tenían sus propias razones de desear una moneda común (Varoufakis, 2014, pp. 283-286). En los países deficitarios, la burguesía comenzaba a hartarse de las devaluaciones. En efecto, el hecho de que el valor en marcos de sus cuentas bancarias y de sus lujosas residencias fueran sometidas a importantes e inesperadas bajas, las contrariaba. Y como las clases obreras de estos países estaban igualmente cansadas de ver que la inflación roía las alzas de salarios, difícilmente obtenidas, convencerlas de compartir el sueño de una moneda común resultó fácil para la burguesía italiana y griega.

Tras estas crisis, el SME se mantuvo en pie hasta 1998, aunque ahora sería muy poco restrictivo: las divisas de los países miembros tendrían derecho a fluctuar considerablemente: $\pm 15\%$. Dicho de otra manera, si resultaba imposible mantener las monedas en la trayectoria inicialmente definida, se ampliaba su definición lo que fuera necesario.

LA INTEGRACIÓN MONETARIA EUROPEA: EL EURO

Es con el fin de la Guerra Fría que la integración europea verdaderamente despegó. La caída del muro de Berlín en 1989 mostró que la hora de estrechar y reforzar los vínculos entre los países europeos había sonado. Se creó el euro con tres promesas (Stiglitz, 2016, p. 59): 1) iba a unir Europa cada vez más y constituir la etapa siguiente de la integración europea; 2) los progresos de la integración económica iban a acelerar el crecimiento; 3) esta integración económica creciente y la integración política más fuerte que de ello resultaría, asegurarían la paz en Europa. El Tratado de Maastricht, firmado en 1992, tenía por finalidad crear en Europa una unión monetaria contemplando a cierto plazo una moneda única.¹⁶ Nadie había intentado antes crear una unión

dimensión, poder y velocidad de reacción entraron en acción contrariando las políticas nacionales y multinacionales. La decisión de crear el SME reduce ciertas tentaciones de los especuladores pero favorece otras enunciando reglas que permiten prever en cierta medida los cambios cuando se aproximan los umbrales tolerados de tipo de cambio. En estas condiciones, el SME fue de hecho quebrado en 1992 con un ataque contra la libra británica, seguida por asaltos contra las divisas sueca y española (Perroux, 1990, pp. 814-815).

¹⁶ “Al final del texto del Tratado de Maastricht, a modo de apéndice, se añadió un ‘capítulo social’ en el que se plantearon unos objetivos amplios relativos a la mejora de las condiciones de vida y de trabajo, pero sin compromiso alguno en cuanto a los instrumentos necesarios para alcanzarlos. Por añadidura, el ‘capítulo social’ no fue aprobado hasta diciembre de 1989, con el apoyo de once Estados miembros —y el voto en contra del Reino Unido—, lo que dio a la Co-

monetaria a tal escala entre tantos países con tal heterogeneidad.¹⁷ El tratado preveía la creación de un Banco Central Europeo (BCE), cuyos estatutos reflejarían fielmente los de la Bundesbank, quien logró que el BCE fuera creado a su imagen y semejanza, instalado en Fráncfort y concebido para imponer una austeridad a las economías más débiles, incluyendo Francia. En efecto, todas las reglas que confeccionaron la constitución económica de la zona euro se basan en principios bien anclados en la cultura política alemana. El equilibrio presupuestal, la prioridad dada al objetivo de débil inflación, la autorregulación de los mercados gracias a la competencia libre y no falseada, la libre negociación de los salarios, el banco central independiente del poder político son prescripciones esenciales de la doctrina orto-liberal que inspiró a la derecha alemana y conquistó una parte de la izquierda socialdemócrata. El anclaje de estas ideas en la mentalidad alemana (en particular la obsesión del endeudamiento y la inflación) fue favorecido —según Jacques Génèreux (2016, pp. 272-273)— por varios factores: los traumas asociados a las catástrofes monetarias (hiperinflación de los años veinte y la reforma monetaria de 1948); el trauma asociado al estatismo hitleriano; la necesidad de ahorrar más para la jubilación (debido a la declinación demográfica) y el miedo de ver el ahorro devorado por la inflación; la asociación del éxito económico alemán a la expansión de las exportaciones (expansión sostenida por una débil inflación). Todas estas fueron las razones que explican porqué los alemanes sólo podían comprometerse con una unión monetaria en la cual el BCE se basa en el modelo de la Bundesbank y en el respeto de las reglas presupuestales que ordenan ahorrar antes de gastar más y reembolsar sus deudas lo más rápido posible.

En estas condiciones, la moneda común se equipó de un Banco Central Europeo sin Estado para sostener sus decisiones y Estados sin bancos centrales para apoyarlos en los momentos difíciles. La más poderosa institu-

misión competencias para promulgar directivas en materia de legislación social” (Holland, 2014, p. 72).

¹⁷ Desde la creación del euro, la mayoría de sus fundadores comprendían que había grandes diferencias entre los países de la zona y que la unión monetaria carecía de los dispositivos institucionales que permitirían a unidades económicas heterogéneas compartir una moneda única. Existían diferencias enormes desde un principio: el PIB de Portugal representaba alrededor del 57% del de Alemania. Entre los países que se incorporaron posteriormente a la zona euro algunos eran mucho más pobres: el PIB por habitante de Letonia que se incorporó al euro en 2014 sólo representaba 31% del de Alemania. Se esperaba que con el tiempo los países pudieran converger para parecerse más y con una convergencia suficiente la zona euro podría volverse una zona monetaria funcionando relativamente bien. En muchos caso esta esperanza no se concretizó. En 2015, Portugal y Alemania lejos de haber convergido habían aumentado su diferencia: el PIB por habitante de Portugal ya sólo representaba 49% del de Alemania (Stiglitz, 2016, p. 121).

ción de la zona euro es el BCE que fue concebido para ser independiente: no tenía que rendir cuentas a los dirigentes elegidos y éstos no tenían que darle ninguna directiva,¹⁸ idea neoliberal que estaba muy de moda cuando se creó el euro. El BCE tiene como único objetivo la lucha contra la inflación gracias a la política monetaria¹⁹ declinando formalmente cualquier responsabilidad en materia de estímulo al crecimiento, al empleo, la cohesión social y el mante-

¹⁸ A pesar de todo Jean Claude Trichet, presidente del BCE de 2003 a 2011, se sirvió de su influencia para promover políticas que agravaron la desigualdad. En los primeros años de la crisis, entre 2008 y 2011, no cesó de repetir que se necesitaba más flexibilidad en los salarios (eufemismo para decir que había que reducirlos). Llegó hasta escribirle una carta al primer ministro español José Luis Rodríguez Zapatero para darle a entender que estaba dispuesto a ayudar a los bancos españoles siempre y cuando el gobierno de Madrid aceptara promulgar reformas del mercado de trabajo que condujeran a una reducción de salarios y de la seguridad del empleo. Más específicamente en su carta Trichet solicitaba eliminar la indexación de los salarios sobre los precios lo que es importante para proteger a los trabajadores de la inflación pero que manifiestamente no planteaba ningún problema, ya que sí había un movimiento de los precios éste era más bien a la baja. Trichet exigía también la supresión, al menos temporalmente, de todas las medidas que aseguran la estabilidad del empleo. El presidente del BCE sugería también al gobierno encontrar los medios para echar por tierra cualquier aumento de salarios (lo que quiere decir “tomar medidas excepcionales para promover la moderación salarial en el sector privado”). Para Trichet, “el gobierno debería probar claramente con sus actos, su compromiso a alcanzar los objetivos de política presupuestal cualquiera que sea la situación económica”. Finalmente el BCE no vaciló un segundo en inmiscuirse en un dominio ultrasensible en España como son las relaciones entre el gobierno central y las regiones. A este respecto, Trichet aconsejaba al gobierno central tomar “el control de los presupuestos regionales y locales (incluyendo la autorización de las emisiones de obligaciones por parte de las autoridades regionales)”. Parece ser que Zapatero rechazó las sugerencias del presidente del BCE pero Stiglitz señala que de cualquier manera introdujo reformas que tuvieron el mismo efecto tras lo cual la ayuda llegó. Fuera de esta intervención se recordara a Trichet por sus errores de juicio colosales, en particular sus alzas de tasas de interés cuando la economía se contraía. Los costos de sus errores fueron palpables. Jugó un papel desastroso en el desarrollo de la crisis del euro, forzando al Estado irlandés a hacerse cargo de las deudas de sus bancos. El pueblo irlandés se vio obligado a pagar el precio de los errores cometidos por otros: era doblemente injusto ya que se trataba de hecho de una transferencia de los pobres a los ricos. Pero Trichet sabía a qué campo pertenecía: era un aliado de los banqueros contra los trabajadores ordinarios, a los que se exigía sin cesar que redujeran sus salarios, lo que degradó su nivel de vida (Stiglitz, 2016, pp. 190, 200, 452-453).

¹⁹ A este nivel ya se manifiesta un primer problema. Tomemos la misión más simple de un banco central: fijar la tasa de interés de manera de poder equilibrar los riesgos de inflación y desempleo. Si los países que tiene a su cargo el banco central se encuentran en situaciones diferentes, una política que podría ser apropiada para uno de ellos, la lucha contra la inflación, será completamente inapropiada para otro donde la mayor preocupación es el desempleo. En estas condiciones, tener una moneda y un banco central comunes, un bien público compartido, puede ser un desastre. Además, como los ajustes de las tasas de interés y del tipo de cambio constituyen los principales medios de adaptación de una economía para alcanzar el pleno empleo, la creación del euro retiró a los Estados dos de los instrumentos más importantes para garantizarlo (Stiglitz, 2016, pp. 68, 114).

nimiento de la estabilidad.²⁰ Se trataba de garantizar que los políticos europeos carecieran de poder sobre la futura moneda europea.²¹ Así, unos días después de la conclusión de la redacción del tratado e incluso antes de que fuera firmado, la Bundesbank aumentó su tasa de interés a su más alto nivel después de la guerra. Con ello, Fráncfort enviaba un mensaje claro a los países deficitarios: se aceptaría la moneda única con la condición de que estuvieran listos para ser encerrados en la cerca recesionista. Si no aumentaban ellos también su tasa de interés, a costa de un aumento del desempleo y una baja de la inversión, sus divisas sufrirían y se encontrarían fuera de la trayectoria convenida para acceder al euro. O bien seguían la vía que conduciría al euro o bien implementarían políticas de crecimiento. Tendrían que escoger. No se podrían hacer las dos cosas a la vez.

Alemania dictó a los otros países europeos las condiciones (o reglas) bajo las cuales iba a abandonar su adorado marco y convertir la Bundesbank en una franquicia del BCE. Una de las condiciones es que toda Europa se sometiera a un pacto de estabilidad. Berlín quería una moneda única por motivos

²⁰ Las bajas tasas de interés a las cuales se disponía de dinero en España (debido a la euro-euforia y a la creencia en una nueva era de estabilidad abierta por el euro) contribuyeron a crear una burbuja inmobiliaria que dislocó la economía española. Fue la exuberancia irracional del sector privado y no el gasto público quien hizo derrapar a España. El BCE y sus filiales en cada país evitaron cuidadosamente hacer cualquier cosa contra las burbujas inmobiliarias que crecían en varios países europeos a inicios y mediados de los años 2000. De hecho un principio de base de la zona euro fue la libre circulación de capitales: el dinero podía atravesar fácilmente las fronteras incluso cuando era para crear burbujas inmobiliarias. Cuando la burbuja española estaba en pleno auge, Joseph E. Stiglitz sugirió —sin éxito a altos responsables del banco central español tomar medidas para intentar atenuarla. Su reacción rayaba en la perplejidad: ¿insinuaba Stiglitz que el Estado era más inteligente que el mercado? (Stiglitz, 2016, pp. 50, 145).

²¹ El razonamiento neoliberal que preconizaba la independencia de los bancos centrales —que dominaba en la época en que se creó el BCE— se apoyaba en tres postulados absolutamente falsos. El primero: sólo cuenta la inflación y nada más. El segundo: luchar contra la inflación gracias a la política monetaria es una cuestión puramente técnica. El tercero: la independencia del banco central refuerza la lucha contra la inflación. Esta última hipótesis, se fundamenta en una desconfianza completa con respecto a la democracia. Los neoliberales temían que los gobiernos democráticos tuvieran la tentación de dinamizar la economía gracias a la inflación antes de una elección: una economía más fuerte facilitaría la reelección y el precio de la inflación se pagaría más tarde. Para ellos, la única manera de romper el ciclo inflacionista es retirando la política monetaria de las manos de los políticos. Si se le encargara a los tecnócratas el limitar la inflación, todo mundo tendría confianza en ellos para cumplir efectivamente con esta misión. Luego entonces, las anticipaciones inflacionistas bajarían y la estabilidad de la economía quedaría asegurada. Sin embargo, los electores democráticos son más inteligentes que lo que admite esta hipótesis. De hecho, todos los gobiernos tienen una inclinación a gastar antes de una elección. Nadie ha propuesto retirar el poder de gastar a los gobiernos para prevenir toda “mala conducta”. Y en realidad, los electorados democráticos sancionan duramente a los gobiernos demasiado gastadores. El espíritu de responsabilidad presupuestal —y algunas veces de responsabilidad presupuestal excesiva que se concentra en los déficits más allá de lo razonable— es regularmente bien recompensado en las urnas (Stiglitz, 2016, p. 198).

políticos²² y para liberar a los exportadores alemanes de la amenaza constante de la devaluación de divisas de sus competidores extranjeros.²³

Se puede representar la moneda única europea como un club cuyas reglas de admisión fueron concebidas para ser violadas.²⁴ Entre estas reglas (o criterios de *convergencia*) destacan dos: *el déficit anual del presupuesto* del Estado, no debe superar el 3% del ingreso nacional (se trata de déficit global) y *la deuda pública* no debe superar el 60% del mismo ingreso.²⁵ Joseph Stiglitz (2016, p. 125), calificó de “fetichismo del déficit” la obsesión de la deuda y de los déficits. Esto no significa que los Estados puedan tener un déficit o un endeudamiento tan masivo como les guste. Para el premio Nobel, esto quiere simplemente decir que reglas como las de los criterios de convergencia son efectivamente simplistas y no pueden servir de base a una buena política. Puede ser necesario imponer ciertas restricciones, pero estas restricciones deben ser concebidas con mucho cuidado y reflexión, tomando en cuenta la fase del “ciclo de los negocios” en que nos encontramos y el uso que se hace del dinero. Por ejemplo, en lugar de focalizarse sobre el déficit, los creadores del euro deberían haberse concentrado sobre el *déficit*

²² Se dice que el canciller alemán Helmut Kohl aceptó la creación del euro a cambio de que el presidente francés François Mitterrand aceptara la reunificación de Alemania (Stiglitz, 2016, pp. 30-31).

²³ Cabe señalar que en 1993 cuando los esfuerzos para establecer los fundamentos de la zona euro comenzaban a rendir frutos, Jacques Delors tuvo un presentimiento: la unión monetaria europea necesitaba algo más que las reglas de Maastricht y un banco central calcado sobre el modelo de la Bundesbank. El presidente de la Comisión Europea había llegado correctamente a la conclusión de que una emisión de obligaciones común a la zona euro debería ser creada para que fuera posible prevenir choques o superarlos después de haber golpeado. Con este propósito, en un Libro Blanco presentado en diciembre de 1993 recomendaba que estas euroobligaciones fueran integradas como una pieza esencial del mecanismo de la zona euro y además que fuera instituido un fondo de inversión europeo. Desgraciadamente esta proposición de Delors no fue retenida y las deudas públicas permanecieron estrictamente compartimentadas (Varoufakis, 2014, pp. 29-30).

²⁴ Los tratados europeos tienen sólo el valor y la fuerza coercitiva que los actores dominantes del sistema quieren reconocerle. Los actores dominantes son los grandes países, en particular Alemania y Francia que realizan en conjunto cerca de la mitad del PIB de la zona euro (si se agrega Italia y España se llega a tres cuartos del PIB). Alemania y Francia tienen de hecho el poder de decidir aplicar los tratados a la letra o como se les antoja. ¿Si desobedecen a los tratados, quien va obligarlos a respetarlos? ¿Quién va a imponerles un bloqueo financiero como el que sufrió Chipre en 2013? En estas condiciones resulta lógico que los primeros en violar las reglas del Tratado de Maastricht fueron Alemania y Francia casi inmediatamente después del lanzamiento del euro. Como resultado de la recesión en 2001 Berlín tuvo que escoger: transgredir una de las reglas de Maastricht que limitaba el déficit presupuestal a 3% o infligir una implacable austeridad a la economía alemana. Retuvo la primera opción. Francia hizo lo mismo un mes más tarde (Varoufakis, 2016, pp. 195-197, 432; Génèreux, 2016, p. 271).

²⁵ Curiosamente no se puso ningún límite a las deudas y los déficits privados, lo que explica parcialmente las crisis de Irlanda y España entre 2009 y 2011 (Varoufakis, 2016, p. 414).

estructural, el déficit que habría existido si el país se encontrara en pleno empleo.

Con la creación del euro, se temió que se generaran externalidades importantes, es decir situaciones en que la acción de un país genera efectos negativos sobre los otros. Fijando las reglas antes mencionadas, los creadores del euro pensaban haber limitado las repercusiones más graves pero no fue así. Las externalidades sobre las cuales se concentraron los inventores del euro aparecían cuando los países piden prestado exageradamente. Si sus préstamos son monetizados, es decir, convertidos en moneda por el banco central, habrá inflación. Ahora bien, desde mucho tiempo atrás, Alemania temía la inflación. A este respecto, estaba orgullosa del éxito de la Bundesbank que había contenido estrictamente su masa monetaria: durante décadas Alemania no había conocido una fuerte inflación. Ahora que abandonaría su banco central para unirse a otros países, algunos de los cuales no habían dado pruebas de tal disciplina, temía que la situación cambiara. Es por ello que los países pertenecientes al euro debieron comprometerse a mantener sus déficits y sus deudas a un bajo nivel. Pero para Joseph Stiglitz (2016, p. 67), la obsesión por los déficits es únicamente ideológica. Para el premio Nobel no hay ninguna prueba de que los déficits y las deudas (a menos a niveles moderados que no superan ampliamente los límites fijados por los tratados europeos) tendrán importantes repercusiones sobre otros países.

Una economía confrontada a una recesión económica dispone de tres mecanismos principales para restablecer el pleno empleo (Stiglitz, 2016, pp. 123-125): bajar las tasas de interés para estimular el consumo y la inversión; bajar el tipo de cambio para estimular las exportaciones o utilizar la política presupuestal aumentando los gastos o reduciendo los impuestos. La moneda única elimina los dos primeros mecanismos y los criterios de convergencia, en materia de déficit y de deuda pública, eliminan en los hechos la posibilidad de recurrir a las políticas presupuestales. Todavía peor: en numerosos países se obliga a los Estados a actuar en un sentido diametralmente opuesto, reducir los gastos públicos y aumentar los impuestos durante una recesión, justo en el momento en que habría que aumentar los gastos públicos y reducir los impuestos. Dicho de otra manera, los criterios de convergencia no sólo han impedido que los países reaccionen a una recesión, sino que han creado e integrado en el sistema un mecanismo que la agrava. Cuando un país tiene un PIB que disminuye porque, por ejemplo, sus mercados de exportación se estrechan, sus ingresos fiscales bajan. Si quiere respetar los criterios de convergencia, está obligado a reducir su gasto público o a aumentar su tasa impositiva, lo que en los dos casos debilita aún más su economía. Los economistas denominan los dispositivos de este tipo “desestabilizadores automáticos” por oposición a los “estabilizadores automáticos” de los siste-

mas económicos bien concebidos. Así, las restricciones de Maastrich en materia de déficits presupuestales constituyen en la práctica un desestabilizador automático.

Los países de la zona euro tenían razón de preocuparse por su heterogeneidad (Stiglitz, 2016, p. 116). Comprendían que discordancias excesivas podrían crear tensiones sobre el euro: una región podía estar confrontada a una grave recesión y otra a la inflación; una región podría tener un gran excedente comercial y otra un gran déficit comercial. Cualquier tasa de interés que funcionaría para una región, exacerbaría los problemas de la otra. No se sabe porqué se creyó que en ausencia de déficits públicos exagerados y de deudas excesivas, las disparidades por milagro no iban a manifestarse, y que el crecimiento y la estabilidad reinarían en toda la zona euro. Creyeron, no se sabe porqué, que los desequilibrios comerciales no serían ningún problema si no había desequilibrios en las cuentas públicas.

A las dos reglas arriba mencionadas se agrega una *cláusula de no transferencia* que significaba que si los Estados miembro llegaran a conocer problemas presupuestales, no deberían esperar ninguna ayuda de parte de las instituciones del euro (BCE, Eurogrupo, etc.) o de otros miembros de la zona euro.²⁶ Esta cláusula parece particularmente restrictiva cuando tomamos en cuenta que el presupuesto de la Unión Europea sólo representa alrededor de 1% de su PIB (contrariamente a lo que acontece en los Estados Unidos, donde los gastos federales representan más de 20% del PIB), lo que indica que pocos gastos tienen lugar a nivel europeo (Stiglitz, 2016, p. 32). Los fundadores del euro fueron guiados por un conjunto de ideas y nociones sobre el funcionamiento de las economías que dominaban en aquel momento (neoliberalismo o “fundamentalismo de mercado”, según la expresión de Stiglitz), pero que eran pura y simplemente falsas.²⁷ Se confiaba en los mercados sin comprender sus límites ni lo que había que hacer para que funcionen. La zona euro gravó numerosas ideas neoliberales en la “constitución” de su moneda sin prever suficiente flexibilidad para reaccionar a los cambios

²⁶ Esto representa una regresión con respecto a lo que siempre se ha practicado en Europa. Recordemos que esta última otorga los denominados “fondos estructurales” o “fondos de cohesión” a los nuevos países que se incorporan a la Unión. Recientemente Polonia se benefició de este tipo de ayuda. Parece que Europa se muestra menos generosa con sus viejos socios que con los que se acaban de adherir a la Unión.

²⁷ Todo mundo no adhiere a las teorías neoliberales en el mismo grado. Algunos pueden considerar, por ejemplo, que normalmente los mercados operan una asignación eficaz de recursos por lo que podemos tenerles confianza, aunque considerando necesario reglamentar los bancos, ya que reconocen que en el sector financiero hay importantes fallas en el mercado. La mayoría de los neoliberales europeos nunca fueron tan lejos como los que en ciertos países preconizan prácticamente privatizar todo lo que hace el Estado, incluso el sistema judicial (Stiglitz, 2016, p. 413).

de situación o a las revisiones de los análisis sobre el funcionamiento de las economías. En estas condiciones se creó una moneda única desprovista de las instituciones mínimas que exige una zona monetaria común.

El Tratado de Maastricht vehicula el culto de una moneda “apolítica” para Europa,²⁸ el tipo de moneda que hasta Margaret Thatcher consideró peligrosa.²⁹ Como nada es tan político ni tan nocivo como la despolitización de un proceso político, se crearon instituciones completamente opuestas al concepto y a las prácticas de la democracia.³⁰ Evidentemente, el objetivo real de los criterios de Maastricht era incorporar a la zona euro países que no los satisfacían, para después hacer todo lo necesario para forzarlos a satisfacerlos.³¹

²⁸ En este sentido se regresa a una idea básica del patrón oro (“Gold Exchange Standard”) que trataba despolitizar la moneda vinculándola a la cantidad de oro, metal que los políticos no podían hacer aparecer a partir de nada ya que era exógeno, provisto por la naturaleza.

²⁹ Como señala Yanis Varoufakis, Margaret Thatcher tuvo una perspicacia impresionante en su crítica de la idea de una moneda única sin Estado democrático para sostenerla. Acertó previendo que el proyecto de euro no llegaría a “resultados armoniosos” con un banco central común comportándose como si se pudiera despolitizar la más política de las entidades económicas: la moneda y su precio (la tasa de interés). La preciosa contribución de Thatcher fue de señalar que la regulación de las tasas de interés y de la masa monetaria es una actividad esencialmente política por lo que si se les retira de las competencias de un parlamento elegido democráticamente el país se hunde progresivamente en el autoritarismo. No está de más recordar que Thatcher cayó debido a su oposición inflexible a la unión monetaria de Europa. Resulta muy interesante que Thatcher icono de la derecha neoliberal tuvo la lucidez de comprender premonitoriamente el déficit democrático inherente al euro. La unión monetaria iba a impedir y no facilitar la formación de una unión política de Europa (como también lo había profetizado Nicholas Kaldor en 1970) (Varoufakis, 2016, pp. 143-144, 146, 176).

³⁰ El punto fundamental es que la idea de un banco central rigurosamente estructurado de manera ideológica, considerado como estando por encima de todo control o responsabilidad democrática, tiene algo de extraño y se encuentra ciertamente en contradicción con todo principio democrático (Galbraith, 2016, p. 151).

³¹ Grecia se volvió celebre en el mundo entero por sus estadísticas artísticamente traficadas para respetar los criterios. Pero el caso más emblemático, según Varoufakis, es el de Italia. Desde el principio se pensó que había que admitir a Italia, ya que los industriales alemanes del automóvil estaban hartos de las devaluaciones de la lira que restauraban periódicamente la competitividad de Fiat con respecto a Volkswagen y otros constructores. Una zona euro sin Italia pero con Francia no tenía ningún sentido considerando los importantes vínculos de Italia del norte con Francia y Alemania. Pero como la deuda pública italiana era más del doble que el máximo admitido por Maastricht para acceder al euro y como su tasa de inflación también estaba en la zona roja, Roma hizo todo lo posible para empujar las cifras dentro de los umbrales admitidos por el tratado. Armados de la mejor ingeniería financiera que podía proveer Goldman Sachs, altos funcionarios hábiles dejaron curso libre a su creatividad contable para hacer disminuir un poco la deuda y el déficit presupuestal. A pesar de todo, las cifras no cambiaban mucho incluso cuando Roma administraba fuertes dosis de austeridad para deprimir los precios, comprimir los gastos y de una manera general dar la sensación de que Italia se había convertido a las virtudes teutónicas. Resultaba claro que para que Italia trocara su lira por el euro era necesario

Refiriéndose al Tratado de Maastricht, Giuseppe Guarino, decano de los constitucionalistas europeos señala que:

[...] el primero de enero de 1999, un golpe de Estado fue lanzado contra los Estados miembros de la Unión Europea, sus ciudadanos y la Unión Europea propiamente dicha. Este “golpe” no recurrió a la fuerza, sino a la artimaña y a la impostura [...] recurriendo a la reglamentación 1466/97 [...] Se olvida la importancia que el Tratado de Maastricht (artículos 102A, 103 y 104C) acuerda al objetivo de crecimiento sostenido por las políticas de los Estados miembro [...] y este último es reemplazado por un objetivo de equilibrio presupuestal a corto plazo (Galbraith, 2014, pp. 208-209).

Con esto se está imponiendo a todos los países que participarán en el euro, un régimen de austeridad fiscal que es el equivalente monetario moderno del patrón oro, sistema al que se le acusó a menudo de haber exacerbado y prolongado la crisis de los años treinta. El Tratado de Maastricht planteaba que la unión monetaria iba a perdurar siempre. Para que nadie lo dude, el tratado fijaba las condiciones necesarias para entrar en la moneda única pero no preveía ninguna para abandonarla. Cuando los mercados se convencieron de que ningún país dejaría la zona euro, los banqueros alemanes y franceses comenzaron a considerar los prestatarios de los países del sur de Europa como equivalentes a los clientes alemanes de la misma solvencia. Esto resultaba lógico. Si los prestatarios de los países del sur y del norte de Europa eran todos pagados en euros, ¿por qué tratarlos diferentemente?, y si no existía riesgo de prestar a un individuo, empresa o Estado particular, ¿por qué no tratar de la misma manera a todos los deudores de la zona euro? Como los ciudadanos de los países del sur ganaban ahora sus ingresos en una moneda que no sería devaluada, los bancos alemanes y franceses pensaron que resultaba tan ventajoso prestar a los países del sur como a los países del norte miembros de la zona euro. Los mercados habían supuesto erróneamente, contra toda lógica, que la eliminación del *riesgo cambiario* quería decir eliminación del *riesgo soberano* (Stiglitz, 2016, p. 38), dicho de otra manera, se habían imaginado que como la moneda única ya no tiene riesgo de que su valor cambie, por ejemplo el valor de la lira italiana con respecto a la peseta española, el riesgo de ver que un Estado sea incapaz de reembolsar había desaparecido. Los mercados compartieron la euforia de la creación del euro y, como los responsables políticos que habían contribuido a su creación, no

deformar las reglas del euro y bien que lo hicieron. Bruselas y Fráncfort propusieron una importante reinterpretación del reglamento interno: en la medida en que los países evolucionaran hacia los umbrales de Maastricht se podía considerar que habían pasado el examen (Varoufakis, 2016, pp. 195-196).

reflexionaron mucho sobre los resortes económicos de lo que creaban. No habían comprendido que la manera en que habían creado el euro aumentaba el riesgo soberano.

Aún más, una vez que el euro fue inventado resultaba más lucrativo prestar a los particulares, empresas y bancos de los países deficitarios que a los países excedentarios. En efecto, prestar a los países deficitarios presenta una triple ventaja (Varoufakis, 2014, pp. 216-218): en primer lugar, la debilidad del endeudamiento privado dejaba un enorme margen para un crecimiento masivo de préstamos. En segundo lugar, las exportaciones de los países excedentarios hacia los países deficitarios acogidos en el euro se encontraban ahora al abrigo de las devaluaciones. Para los banqueros un círculo virtuoso se ponía en marcha: el aumento de los préstamos a los países deficitarios dejaba prever una aceleración del crecimiento interno, lo que justificaba los préstamos que ofrecían. En tercer lugar, los bancos estaban extasiados ante la diferencia entre las tasas de interés que podían facturar en Alemania y las que existían en países como Grecia. La gran diferencia entre las dos tasas era una consecuencia directa del desequilibrio comercial entre los países. El excedente comercial creciente de Alemania hacia Europa del sur y los flujos financieros hacia Alemania que de ello resultaban, provocaban que el precio del dinero (la tasa de interés) fuera más bajo en Alemania que en Europa del sur. La creación del euro había súbitamente saturado los bancos alemanes de liquidez lista para colocarse. En estas condiciones, la misión de los bancos era estimular el endeudamiento de los países deficitarios para obtener los beneficios fabulosos surgidos de la diferencia de tasas de interés entre los países débiles (sur de Europa) y los países fuertes (norte de Europa) de la zona euro.³²

La avalancha de capitales a ciertos países de la periferia (alentada por la euforia desencadenada por el euro, tomando en cuenta el fracaso notable del mercado para ver tanto los riesgos bien conocidos de las burbujas inmobiliarias, como los nuevos de incumplimiento de pago sobre la deuda soberana europea) alimentó en estos países un alza de precios y de salarios

³² Es verdad que el gobierno griego siempre ha sido un prestatario poco solvente. Es verdad también que este país tiene instituciones débiles, industrias no competitivas, una función pública plétórica, una política clientelista, sindicatos sectarios y cuentas dudosas. Cualquiera que haya trabajado en ese país lo confirmará. También es verdad que nada de esto era un secreto durante los años de fuerte crecimiento. Los prestamistas no ignoraban nada y a pesar de ello se libraron a una orgía de préstamos antes de que la crisis estallara. Como tampoco ignoraban que el desarrollo comercial de Irlanda escapaba a todo control, que en España acontecía lo mismo con el inmobiliario residencial y que los Estados Unidos consentían “préstamos mentirosos” a prestatarios insolventes. Así funciona el crédito. En periodo de crecimiento, las reglas se desvanecen y, en periodo de recesión, se vuelven más rígidas, lo que no impide que los prestamistas pretendan sentenciosamente que “nadie podía saber” (Galbraith, 2016, pp. 53-54).

en relación con los de Alemania donde bajaban. Pero fundamentalmente en el marco del euro, estos países no disponían de ningún instrumento para yugular los excesos del sector privado. La política monetaria estaba orientada contra la inflación en el conjunto de la zona euro, no apuntaba a servir las necesidades particulares de estos países y con el euro habían renunciado a tener una política monetaria propia. Las tesis dominantes, las políticas neoliberales, prohibían interferir en las burbujas inmobiliarias. Y en algunos países, la lucha por mantener el pleno empleo, sin otros instrumentos ni asistencia de la zona euro en su conjunto, había conducido a déficits presupuestales (Stiglitz, 2016, p. 480).

En estas condiciones, para completar el cuadro interpretativo de la crisis del euro, es importante considerar la situación de Alemania³³ y las “reformas” de su mercado de trabajo introducidas por el canciller Gerhard Schröder³⁴ en el momento en el que el euro entró en circulación.³⁵ En efecto, estas reformas que redujeron terriblemente la seguridad social (incluso si todavía tienen una mejor protección que en los Estados Unidos) apunta-

³³ Alemania se presenta como un éxito, como un ejemplo para los otros países. Su economía registró un crecimiento de 6.8% desde 2007, lo que significa que su tasa de crecimiento promedio sólo fue de 0.8% por año, cifra que en un tiempo normal sería considerado casi como un fracaso. Alemania sólo aparece brillante si se la compara con otros miembros de la zona euro. Por si lo anterior fuera poco, su modesto desempeño no puede servir de modelo a otros países. Su crecimiento reposa en parte sobre sus poderosos excedentes comerciales que no son realizables por todos los países y que han sido un factor de inestabilidad de la economía mundial. A este respecto existe una identidad fundamental: en materia de comercio exterior, la suma de los déficits es igual a la de los excedentes. Si un país tiene un excedente comercial, otro país debe tener un déficit comercial (Stiglitz, 2016, pp. 37, 106).

³⁴ De los dos lados del Atlántico, muchos dirigentes provenientes de la izquierda aceptaron las ideas neoliberales reprochándole únicamente a la derecha carecer de corazón. Se volvió cada vez más difícil hacer la distinción entre conservadores compasivos y la “nueva izquierda”. Bill Clinton en los Estados Unidos, Tony Blair (“la tercera vía”) en el Reino Unido y Gerhard Schröder (“el nuevo centro”) en Alemania pusieron en marcha reformas que desde décadas atrás la derecha buscaba implementar sin éxito. Las elites de izquierda como de derecha parecían haber llegado a un amplio consenso sobre numerosos principios de orden económico (Stiglitz, 2016, p. 376).

³⁵ La respuesta de Alemania al costo exorbitante de la reunificación (1 300 mil millones de euros) fue la prosecución de la deflación competitiva de los salarios. En efecto mientras la zona euro estaba organizándose, Alemania, gracias a la reunificación impuso en su mercado de trabajo salarios sustancialmente reducidos (con respecto a los salarios percibidos en algunos otros países del euro) gracias a una estrategia de limitación del crecimiento de los salarios a una tasa sensiblemente inferior al crecimiento de la productividad. Una vez que el euro fue introducido y que la industria alemana fue protegida de la devaluación competitiva de países como Italia, sus ganancias provenientes de la baja de salarios se volvieron permanentes. Además, el sistema alemán de negociación salarial colectiva, entre actores sociales, fundado en un convenio corporativista y neomercantilista entre el capital y los sindicatos alemanes permitió un crecimiento de los salarios más favorable al capital que en el resto de Europa (Varoufakis, 2014, pp. 288-289; Varoufakis, 2016, p. 226).

ban a reforzar las exportaciones alemanas y su competitividad volviéndolas más baratas gracias a una importante reducción del salario medio efectivo de los trabajadores alemanes obtenida, tanto por la disminución de sus tasas de salario por hora como empujando un gran número de asalariados a lo que se ha denominado “minijobs” (trabajos de 16 horas por semana percibiendo un salario mensual entre 500 y 600 euros).³⁶ Como vemos, si Alemania se volvió competitiva lo hizo en parte a costa de sus habitantes más pobres. La decisión de Alemania de limitar los salarios fue una forma de “devaluación interna”³⁷ (política del tipo “despoja a tu vecino”) que perjudicó a otros países de la zona euro, particularmente a aquéllos donde los trabajadores son menos dóciles. Con una tasa fija del euro, Alemania no podía reducir el valor de su moneda, pero podía reducir sus costos de producción, aplicando políticas que hacían bajar los salarios.³⁸ Por diversas razones, se trataba de

³⁶ Existe hoy en Alemania una gran cantidad de actividades de bajos salarios. Las desigualdades, que permanecieron durante mucho tiempo mínimas, se profundizaron. De 1992 a 2010, la parte de los ingresos del 1% superior aumentó alrededor de 24%. Una enorme presión se ejerce sobre los trabajadores sin empleo para obligarlos a aceptar cualquier tipo de trabajo. El mercado de trabajo es mucho más flexible de lo que era antes. Nadie puede decir que la reciente promulgación de un reglamento sobre el salario mínimo (8.50 euros la hora), repleto de vacíos jurídicos, haya restaurado el poder del trabajo en Alemania (Galbraith, 2014, pp. 66-67; Stiglitz, 2016, p. 106). Recientemente fui testigo ocular de la proliferación de “camping car” en las afueras de las plantas industriales donde se alojan los trabajadores imposibilitados de pagar una renta en un alojamiento normal. Igualmente constate es una gran cantidad de trabajadores que viven en cuartos de hoteles baratos en las aglomeraciones industriales alemanas. Estos trabajadores pobres forman parte del modelo alemán tan alabado por las derechas europeas. En los primeros años del presente siglo la pobreza y la desigualdad han aumentado. Aunado a lo anterior el modelo alemán se caracteriza por la debilidad de la inversión productiva, el retroceso de la investigación y la cada vez más fuerte dependencia de las exportaciones y de la coyuntura externa. Así, sólo se puede presentar a Alemania como un “éxito” si se le compara con otros países de la zona euro.

³⁷ Cuando dos países deciden utilizar la misma moneda, uno no puede aumentar la competitividad relativa de sus productos con respecto a la del otro ajustando el tipo de cambio. Pero si en el primer país, los precios bajan con respecto al nivel en el otro, la tasa de cambio *real* se modifica y sus productos se vuelven más competitivos con respecto a los de los otros países tanto en la zona euro como en el resto del mundo. A este mecanismo de ajuste se le denomina “devaluación interna” y los que creen en el euro apostaron todo a este mecanismo. La devaluación interna tiene ventajas limitadas y costos importantes: incluso si ayuda (ligeramente) al sector de “bienes cambiables” (en el comercio exterior), golpea simultáneamente el sector de “bienes no cambiables” (fuera del comercio internacional). Para lograr una devaluación real, se necesitan importantes reducciones de salarios y que estas reducciones sean repercutidas en las bajas de precios de los “bienes cambiables”. De hecho se pueden interpretar las medidas de austeridad como políticas que facilitan este proceso de ajuste. Mientras más la economía se debilita, más la demanda global es insuficiente, hay mayor presión a la baja de precios y, por lo tanto, las fuerzas de ajuste son más poderosas (Stiglitz, 2016, pp. 127, 488).

³⁸ “Alemania se aprovechó de la desaparición de las monedas nacionales para comprometerse con una política de dumping social sin preocuparse de los efectos perversos que ello tendría sobre el conjunto de la zona euro” (Généreux, 2016, p. 274).

medidas que Alemania podía implementar más fácilmente que otros países de la zona euro, lo que las volvió particularmente atractivas para los gobernantes alemanes que veían en ellas un instrumento para asegurar una ventaja con respecto a sus vecinos. Desgraciadamente, como dice Stiglitz (2016, p. 68), los creadores del euro no le prestaron la más mínima atención a esta externalidad que era infinitamente más grave que las que les habían preocupado. Como consecuencia de la reducción de salarios, los trabajadores alemanes no podían consumir los bienes que producían. Privados de demanda interna, los productos alemanes excedentarios inundaron países como Irlanda, Grecia y España, donde la demanda era sostenida por los préstamos bancarios que fluían hacia la periferia europea, aprovechando los beneficios sobreabundantes de las empresas alemanas. Estas exportaciones de productos y beneficios alemanes al resto de la zona euro tuvieron por efecto que en Grecia e Irlanda se constatará un crecimiento anual de 5% alimentado por la deuda. Se tenía la impresión de que estas sociedades frágiles, aplastadas por los déficits, representaban milagros económicos, contrariamente a Alemania que sólo alcanzaba una tasa de crecimiento anual de 1%. ¿Cómo no asombrarse de que los trabajadores alemanes cuando pasaban sus vacaciones de verano en Grecia constataban un alza del nivel de vida al cual ellos no podían acceder? Así es que cuando la burbuja que alimentaron los préstamos alemanes estalló en el sur de Europa, su asombro se transformó en hostilidad hacia las cigarras griegas, españolas e italianas. Lo que los turistas alemanes no habían visto, comenta Varoufakis, es que Grecia estaba pletórica de hormigas que trabajaban duro y tenían muchas dificultades para sobrevivir durante los años de tasas de crecimiento milagrosas. No cesaban de decirles a los trabajadores de bajos salarios y a los jubilados que su situación nunca había sido mejor, que sus salarios reales y su nivel de vida aumentaban, pero ellos no lo resentían así y tenían razón.³⁹ Si todo iba bien

³⁹ Durante la década dorada de la zona euro de 1998 a 2008 los salarios aumentaron en los países deficitarios a un ritmo un poco superior al promedio medio del alza de precios, por lo que la situación del griego, del irlandés y del español “medio” mejoraba. Sólo que el griego, el irlandés y el español medio no existe. De hecho, los precios de los productos de primera necesidad aumentaban más rápido que el promedio. Simultáneamente, los precios de los productos de lujo observaban una caída espectacular. En promedio, los salarios aumentaban pero la situación real de la mayoría de los activos era peor que el promedio, particularmente porque éste estaba fuertemente sesgado por las gigantescas remuneraciones de los managers de la oligarquía y por la caída de los precios de los bienes que sólo los privilegiados podían adquirir. Además, estos años fastos en que la actividad económica estaba en pleno boom los buenos empleos desaparecían: la mayoría de las inversiones en la periferia eran aspiradas por burbujas inmobiliarias, pero los centros industriales tradicionales agonizaban, ahogados por la marejada de bienes importados de las economías excedentarias. Las burbujas ofrecían a los estafadores fabulosas ocasiones de enriquecerse pero creaban pocos empleos perenes, sobre todo cuando grandes conglomerados alemanes, holandeses y franceses desembarcaban para comprar empresas locales, desmantelando

para los griegos ricos que vivían holgadamente gracias a los préstamos bancarios alemanes y franceses durante los buenos años, los griegos pobres en esos mismos años eran cada vez más numerosos en caer en la trampa de la pobreza. Y cuando llegaron los malos años en 2010, les dijeron que se habían conducido como cigarras despreocupadas y que ahora tenían que pagar el precio.⁴⁰

Muchos se preguntan, ¿por qué las autoridades de Bruselas, Berlín y Atenas no se daban cuenta de que la deuda pública griega (y el estilo de vida de los griegos ricos) era insostenible? Por más asombroso que parezca no se daban cuenta y la razón para Varoufakis (2016, pp. 227-228) era la siguiente: si se representa la deuda pública de un país y su ingreso nacional como dos montañas que están creciendo, la deuda parece manejable mientras la montaña de ingreso crece más rápido que la de deuda. La montaña de deuda crece automáticamente por amontonamiento de los intereses a una tasa igual a la tasa de interés. En Grecia, esta tasa había bajado a 3% gracias al enorme crédito de fuente extranjera. Simultáneamente la montaña de ingreso nacional aumentaba mucho más rápido, a una tasa de 5% correspondiente al crecimiento de la producción. Aunque la deuda pública de Grecia era importante, parecía que su servicio podía ser asegurado, ya que los ingresos aumentaban más rápido. Pero cuando la crisis de los subprime de 2008 (Guillén, 2013), agotó el crédito, dos cambios terribles y simultáneos pusieron fin a esta ilusión.⁴¹ En primer lugar, todo nuevo crédito prácticamente cesó, volviendo imposible al Estado griego refinanciar su deuda, salvo si se estaba dispuesto

sus actividades industriales y sirviéndose de sus locales como depósitos para almacenar los productos importados de sus propias fábricas. Así es que durante los primeros años del euro, los “años fastos”, las cigarras griegas vivieron muy bien, mientras que las hormigas griegas sufrieron. En 2010, las cigarras habían sacado su botín del país sin pagar los impuestos que debían y es a las hormigas griegas a las que se recurre para salvar un Estado quebrado y bancos insolventes gracias a reducción de pensiones, bajas de salarios, recortes en los servicios de salud, etcétera (Varoufakis, 2016, pp. 292-293, 420).

⁴⁰ “Matthijs y McNamara asumen que sólo ha habido un ‘pecador’ destacado, Grecia, y subrayan que Irlanda o España tenían niveles de deuda inferiores a los de Alemania antes de la crisis de 2007-2008. También recuerdan que en Grecia los ‘pecadores’ no fueron los trabajadores, sino los bancos alemanes y franceses que prestaron sin perspectivas realistas de recuperar el dinero, para compras realizadas por los oligarcas y el ejército griego, así como bancos como Goldman Sachs, que en 2001 facilitaron negocios, algunos de los cuales se parecían a segundas hipotecas, pero que no se contabilizaban como deuda nacional” (Holland, 2016, p. 206).

⁴¹ Los europeos fueron golpeados de frente por la crisis de los subprime no sólo porque fueron compradores de títulos de crédito inmobiliario americano sino también debido a sus propios procesos de desregulación, todo en un contexto en que las elites bancarias de los Estados mantenían históricamente relaciones particularmente estrechas. Así, cuando la crisis financiera mundial se desencadenó, no fue sorprendente ver a los bancos europeos deshacerse de sus posiciones riesgosas (sus títulos de deuda pública y privada de los países periféricos de la Unión) y reclamar la ayuda de sus gobiernos. No fue tampoco sorprendente ver a estos gobiernos eu-

a pagar 10% de tasa de interés a los inversionistas aun presentes en los mercados monetarios por gusto del riesgo. En segundo lugar, el ingreso nacional griego entró en un crecimiento negativo debido a la recesión mundial que deprimió el turismo y los ingresos de numerosos griegos que vivían del comercio de productos importados financiados por la deuda. Cuando la tasa de crecimiento de la montaña de deuda, la tasa de interés saltó de 3 a 10%, y que la montaña del ingreso se puso a disminuir (primero -3% y luego -5%), la sostenibilidad de la deuda se volvió imposible. La crisis financiera mundial de 2008 se metamorfoseó casi insensiblemente en la crisis del euro de 2010, tan sólo dos años, más tarde.

Con la crisis griega las certidumbres sobre las que se había construido el euro fueron desenmascaradas como ilusiones (Stiglitz, 2016, pp. 39-40, 43). Las condiciones que muchos europeos, sobre todo los alemanes, consideraban indispensables (poco déficit y poca deuda gracias a una política presupuestal “prudente”) no eran suficientes y puede ser ni siquiera necesarias. Se dio tanta importancia a estas preocupaciones presupuestales que las llegaron a denominar *criterios de convergencia*. Pero la manera en que se había concebido el euro llevaba a la *divergencia*: cuando ciertos países sufrían un choque negativo, los países fuertes ganaban a costa de los débiles. Las restricciones presupuestales impuestas por los criterios de convergencia —los límites sobre los déficits y las deudas en porcentaje del PIB— contribuyeron a la divergencia. Los efectos negativos de la estructura de la zona euro que llevan casi ineluctablemente a la divergencia fueron agravados por las políticas que esta zona escogió proseguir, particularmente como reacción a la crisis del euro. Si las fuerzas naturales del mercado no llevan a la convergencia sino a la divergencia, la prohibición de las políticas industriales por parte de la Unión Europea no tiene otro efecto que preservar y exacerbar las diferencias (Stiglitz, 2016, p. 173). Según la visión dominante entre los partidarios de las políticas neoliberales en la época en que el euro fue creado, las fuerzas del mercado iban a conducir por ellas mismas a la convergencia, y las políticas industriales no eran ni necesarias ni eficaces. La misma ideología que inspiró una estructura desastrosa condujo a políticas desastrosas, como lo mostró cruelmente el caso griego. Las potencias dominantes de la zona euro no creían sólo (erróneamente) que manteniendo el déficit y la deuda en un bajo nivel se impedía que las crisis se produjeran. Estaban convencidas de que la mejor manera de volver la salud a un país en recesión era una fuerte dosis de austeridad: recortes en los gastos públicos para reducir su déficit. Las medidas de austeridad aplicadas por Herbert

ropeos preocuparse más por el porvenir de sus bancos que de las consecuencias que la crisis tendría sobre Grecia e Irlanda (Galbraith, 2016, p. 15).

Hoover cuando era presidente de los Estados Unidos transformaron el crac bursátil de 1929 en la Gran Depresión. Siempre y en todos lados donde se ha aplicado la austeridad los efectos recesionistas se han sentido: mientras más austeridad hay, más la economía se contracta. Hay que preguntarse por qué la Troika pensó que en Europa esta vez sería diferente.

Entre tanto, “en sus reiteradas previsiones la Comisión sostenía que se produciría una recuperación en la situación de Grecia gracias a las sucesivas demandas de mayor austeridad [...]” (Holland, 2016, p. 127). Se señalaba que la austeridad y la recuperación que traería consigo permitirían al Estado griego honrar más fácilmente sus diversas deudas antiguas y nuevas. La realidad fue otra: la contracción del PIB griego en 2015, fue de cerca del 25% y no conoció la más mínima reactivación en cinco años. En consecuencia el país había perdido el equivalente a más de un año de producción anual. Cinco años después del inicio de la actuación de la Troika, Grecia tiene aún la mayor deuda externa con relación al PIB y la tasa más elevada de desempleo de toda la Unión Europea. Desde 2010 las dificultades de la vida cotidiana son aplastantes y el país ve aumentar el número de los sin domicilio, de emigrados y de suicidios que constituyen indicadores sociales y psicológicos del fracaso económico, lo que representa un desastre político, social y económico que amenaza con provocar la desintegración de la propia UE (Galbraith, 2016, p. 16; Holland, 2016, p. 128).

ALGUNAS LECCIONES DE LA EXPERIENCIA MONETARIA EUROPEA

El euro condujo a una agravación de la desigualdad. Con él, los países débiles se volvieron más débiles y los países fuertes más fuertes. Por ejemplo, el PIB de Alemania representaba 10.4 veces el de Grecia en 2007, pero 15 veces en 2015 (Stiglitz, 2016, p. 14). Esta diferencia entre los países provocó un aumento de la desigualdad en los países de la zona euro, particularmente en los que están en crisis, y esto incluso en países europeos que mostraban una dinámica de reducción de la desigualdad antes de la creación del euro. Esto no es una sorpresa: el desempleo masivo golpea a los más modestos presionando a la baja de salarios; la austeridad se acompaña de recortes en el gasto público que afectan particularmente a las personas de ingresos bajos y medios que dependen de los programas del Estado. Tenemos así una constante desde los años ochenta del siglo pasado: el programa económico neoliberal no logra aumentar la tasa de crecimiento medio pero sí, sin ninguna duda, aumentar la desigualdad. El euro constituye una buena confirmación de esto.

En teoría, los Estados miembros de la zona euro conservan su soberanía en materia de política presupuestal. Pero en realidad el derecho europeo restringe fuertemente los márgenes de maniobra de esta política. Las políticas presupuestales de la zona euro se centralizaron creando una unión en favor de la austeridad. En efecto, actualmente la Comisión Europea examina el presupuesto de un Estado miembro y hace recomendaciones. Si este presupuesto presenta un déficit superior al 3% fijado por el Tratado de Maastrich, se le hace una advertencia al país que a fin de cuentas puede conducir a sanciones. Por lo general, este proceso abre entre el Estado miembro y la Comisión negociaciones prolongadas, que conducen a largas reuniones del Eurogrupo, que se soldan con una dosis suplementaria de austeridad, acompañada de un retoque imaginativo de su contabilidad macroeconómica. La generalización de la austeridad amplificó considerablemente la crisis, lo que casi condujo a la desaparición del euro. Cuando el BCE entró en acción para salvar la moneda común, transfirió la crisis de los mercados monetarios a la economía real de Europa. La crisis europea migró de los mercados de la deuda a su agricultura, su industria y su comercio en el mismo momento en que los burócratas y políticos —entre los que destacaba el doctor Schäuble, ministro de Finanzas alemán—, que comandaban esta unión por la austeridad, proclamaban haberla superado.

Por primera vez desde la Segunda Guerra Mundial, la crisis de la zona euro hizo posible que Alemania alcanzara en Europa la hegemonía [...] el ascenso de Alemania no sólo se debió a los defectos de fábrica de la moneda única [...] ni a las agencias calificadoras, sino que tiene profundas raíces históricas y psicológicas. La crisis hizo posible que Alemania dejara de lado su oscuro pasado y se mostrara ante el resto de Europa como modelo de virtud en lo económico, lo social y lo político. Por añadidura, los defectos relativos al diseño del euro se enraizaban profundamente en un modelo supranacional de toma de decisiones que desde el inicio de la UE, ha conllevado un déficit democrático que una “constitución europea” destinada a fracasar no hizo más que agravar (Holland, 2016, p. 19).⁴²

La crisis del euro al menos sirvió para demostrar que la buena marcha del sistema supone la existencia de un Estado más fuerte que cualquier mercado (Galbraith, 2016, p. 45). Debe poder actuar para asegurar los pagos de las deudas públicas como lo hace la Reserva Federal americana, sin lo cual

⁴² Cabe recordar que “los votantes de los pocos Estados —Francia, Países Bajos e Irlanda— a los que se presentó el tratado de Constitución para su ratificación finalmente lo rechazaron, habida cuenta de la amenaza que proyectaba sobre las democracias nacionales y del hecho que permitía anular decisiones de gobiernos y parlamentos nacionales” (Holland, 2016, p. 23).

los mercados triunfan sobre los poderes públicos en el juego de “dividir para reinar”. Europa desplegó inmensos esfuerzos para construir un “mercado único” pero sin darse los medios para controlarlo y decretando que el BCE no inyectaría moneda suplementaria al sistema. Actuando así, creó mercados más poderosos que los Estados, y Estados acibillados de deudas, que se tambalean al borde de la quiebra. Tal y como fue concebido el euro reposa en la creencia del buen funcionamiento de los mercados. Si los pioneros del euro hubieran comprendido los límites de los mercados puede —señala Stiglitz (2016, p. 74)— que hubieran sido más prudentes cuando crearon esta moneda, más atentos a los detalles y más cuidadosos de asegurarse de que se implementarían simultáneamente las instituciones que le habrían permitido funcionar.

La zona euro es el único lugar en el mundo donde los Estados entregados a la guerra económica mundial aceptan privarse de todos los instrumentos (¡las armas!) de que se sirven a su gusto todas las otras naciones para sostener su economía. En la zona euro existe de hecho una especie de constitución económica que a través de tratados internacionales fija una doctrina (equilibrio presupuestal, monetarismo, primacía de la competencia), prohíbe ciertas políticas keynesianas y sólo deja libre curso a las políticas neoliberales. ¡Los ciudadanos pueden votar, si quieren, pero el respeto de la constitución económica impondrá siempre el mismo tipo de políticas! Los Estados de la zona euro no disponen de márgenes de maniobra. Privados de moneda nacional no pueden actuar sobre el tipo de cambio, ni sobre la política monetaria. Igualmente se encuentran restringidos en materia presupuestal. Tampoco pueden protegerse contra la competencia internacional: el libre cambio es casi integral en el seno de la Unión Europea y progresivamente se está extendiendo por los acuerdos negociados entre la Unión Europea y el resto del mundo (Généreux, 2016, p. 262).

El euro fue concebido como una mezcla de mala ciencia económica e ideología perversa. Es un sistema que no podía funcionar durante mucho tiempo. En el momento de la Gran Recesión, sus defectos se volvieron flagrantes a los ojos de todos. Para quien quería ver, sus debilidades internas eran evidentes desde el principio. Contribuyeron a aumentar los desequilibrios que jugaron un papel central en las crisis en curso y que se necesitará años para superar. Los fundadores del euro lo sabían: hacer funcionar una moneda única para un conjunto de países tan diferentes no sería fácil. Pero su análisis sobre la manera de lograrlo era completamente falso: los criterios de convergencia que formularon limitando los déficits presupuestales públicos y la deuda pública volvieron más difícil alcanzar el pleno empleo en toda Europa. Tanto más que —según Stiglitz (2016, p. 153)— era necesario también limitar los déficits comerciales cuya aparición se debía, al menos en

parte, al euro mismo. Los déficits comerciales persistentes abrieron la vía a las crisis previsibles que estallaron una década después del nacimiento del euro.

Los europeos comprenden cada vez mejor que la crisis del euro es la consecuencia de la estructura institucional de la Unión Europea. Es esta última a la que hay que acusar y no a las acciones de los países tomados individualmente. Varios países de Europa que habían respetado la disciplina presupuestal habían sido golpeados por un ascenso del desempleo e incluso crisis, no solamente en países supuestamente despilfarradores del sur de Europa sino también en países más responsables del norte, como Irlanda. Las economías de mercado pueden sufrir crisis por el simple hecho de la dinámica del capitalismo. Así, en ausencia de una reglamentación adecuada, a menudo hay burbujas de crédito. Pero la ideología neoliberal —según Stiglitz (2016, p. 154)— ignoró esta fuente de inestabilidad que provocó la crisis de los subprime, prefiriendo concentrarse en las insuficiencias presupuestales griegas más fáciles de comprender y de fustigar. No habiendo diagnosticado correctamente el problema de la zona euro, los dirigentes europeos no tomaron las medidas necesarias para resolverlos. En lugar de corregir su error de fondo, continuaron implementado políticas que se apoyaban en una teoría a todas luces falsa. Durante el desarrollo de la crisis, reiteraron su compromiso con los criterios de convergencia: se impusieron ellos mismos implementarlos aún más estrictamente.

La concepción del “proyecto de moneda única” fue tan influenciada por la ideología neoliberal y por los intereses privados que fracasó no solamente en su objetivo económico de aportar la prosperidad, sino también en su ambición de acercar políticamente a los países. La integración económica operó más rápido que la integración política. Fue una decisión fatal la que se tomó en 1992: adoptar una moneda única sin crear las instituciones que la podrían haber hecho funcionar. Una moneda única puede conducir a un desempleo durablemente elevado, a déficits de cuentas corrientes y peor aún a crisis. Sobre todo después del aplastamiento de la izquierda radical en julio de 2015, los europeos ven en la tecnocracia de Bruselas y Fráncfort una fuerza de ocupación en el estilo de Vichy en Francia durante la Segunda Guerra Mundial. No quieren que Bruselas, tal como está estructurado hoy, se vuelva su gobierno central respondiendo a una crisis que la misma Unión Europea creó (Varoufakis, 2016, p. 328). Esta última debe hacer frente a la peor crisis humanitaria y social que ha conocido desde finales de los años cuarenta. Numerosos países europeos llegan al término de una década perdida: su PIB por habitante es más bajo que antes de la crisis financiera mundial. En los Estados miembros como Grecia, Irlanda o Portugal, pero incluso en países situados en el corazón de la Unión, las necesidades básicas de millones de per-

sonas no son satisfechas. Esta situación afecta particularmente las personas de la tercera edad, los desempleados, los minusválidos así como las personas sin domicilio fijo. La devaluación interna de los salarios, los ingresos y los niveles de vida ha resultado ser un completo desastre económico, social y político.

El resultado global de la zona euro es deplorable y el de los países en crisis desastroso: el desempleo es elevado y el de los jóvenes mucho más elevado; la producción por habitante es más débil que antes de la crisis para los países de la zona euro tomados en conjunto y mucho más débil para algunos países en crisis. Incluso, si nos referimos al punto de vista estrecho de la sostenibilidad de la deuda, todos los países en crisis fracasaron: la relación deuda/PIB aumentó en todos ellos. Bajo cualquier aspecto, los resultados de la zona euro son peores que los de los países europeos que no forman parte de ella y peores que los de los Estados Unidos, país donde la crisis financiera mundial estalló y que lógicamente debió haber sufrido más.

A fin de cuentas las recesiones siempre se terminan pero el crecimiento que sigue a la reactivación no recupera el terreno perdido. Lo que se perdió se perdió para siempre. El éxito de una política económica se juzga —como dice Stiglitz, (2016, p. 48)— en relación con lo que aconteció antes de la reactivación: la gravedad y la duración de las recesiones, la amplitud de los sufrimientos que infringieron, la fuerza de sus efectos negativos sobre el dinamismo futuro de la economía. Desde este punto de vista, aunque los dirigentes europeos “pinten de rosa” la política que impusieron a los países en crisis, ésta no deja de ser un completo fracaso. Nada mejor para comprender que todo va mal en Europa lo ilustran las declaraciones de los dirigentes diciendo que todo va bien. Los signos más ínfimos de crecimiento, la más mínima reducción del desempleo son pregonados como el anuncio de la reactivación tanto esperada. Se proclama el éxito de los programas de la Troika desde que el desempleo comienza a retroceder o el PIB a aumentar sin esperar a que el desempleo disminuya a un nivel aceptable o que el nivel de vida vuelva a ser el que habría sido sin la crisis o, más modestamente, el que era antes de la crisis. Sin embargo, el entusiasmo es regularmente seguido por la decepción ya que la economía se estanca.

Seis años después del inicio de la crisis del euro, Grecia, país más fuertemente afectado de los países en crisis, prácticamente eliminó su déficit comercial y su déficit presupuestal primario. Si la desaparición de los déficits fuera el único objetivo de los programas de la Troika, y que no importara el precio pagado para alcanzarlos, se podría decir que los programas tuvieron éxito. Pero sus objetivos eran más generales: pretendían poner de nuevo de pie a Grecia y alcanzar el pleno empleo y el crecimiento. Grecia se encuentra, por el contrario, en una depresión tan profunda, con una caída del PIB

de 27% en relación con la cima que había alcanzado, una tasa de desempleo de 24% y más del doble entre los jóvenes, que Stiglitz (2016, p. 349) llegó a afirmar “que no recuerda ninguna depresión que haya sido tan deliberada y que haya tenido consecuencias tan catastróficas”. La reducción de los déficits del comercio exterior y del presupuesto ha tenido costos absolutamente enormes. Si los programas de la Troika fueron un éxito para alguien fue para Alemania y los otros países acreedores en el sentido de que los bancos alemanes y franceses fueron reembolsados —e incluso algunos de ellos salvados de muerte prematura— y de que las cuentas corrientes fueron equilibradas, lo que era necesario para que pudiera continuar a operarse la transferencia de recursos de los países en crisis a los países acreedores. Grecia recibió una miseria del dinero prestado —lo esencial se fue a los acreedores del sector privado— pero pagó muy caro el salvamento de los sistemas bancarios de otros países. Alemania sale como la gran ganadora en la zona euro y los países en crisis como los grandes perdedores. Pero la zona euro en su conjunto sale muy mal parada, ya que las pérdidas de los perdedores fueron de lejos superiores a las ganancias de los ganadores.

En estas condiciones actuar para satisfacer rápidamente las necesidades básicas constituye un imperativo moral. Tanto más que Europa es ahora presa de los peligros inmediatos del racismo, la xenofobia e incluso el nazismo, en particular, aunque no sólo, en países como Grecia que soportan lo esencial del peso de la crisis. Nunca en el pasado, el desdén de numerosos europeos con respecto a la Unión Europea y sus instituciones fue tan fuerte como lo demostró recientemente el Brexit.⁴³ Si bien las acciones del BCE apaciguaron los mercados de obligaciones, la zona euro corre el riesgo de desintegración. La unión monetaria europea no tiene otra alternativa que corregir sus estatutos o comenzar una larga y dolorosa marcha hacia la desintegración. Los defectos de la concepción de la moneda única acabarán por dividir a los países y sus ciudadanos gracias a la ideología alemana de la austeridad, en lugar de unirlos como Monnet había esperado. El mantenimiento de una protección social mínima es lo que más importa a los griegos, los españoles, los portugueses y los italianos. Por haber conocido el fascismo y la pobreza, recuerdan que el fascismo es lo peor que hay. Apostaron a la integración europea para construir la socialdemocracia y terminar con el pasado. ¿Cómo reprocharles entonces que se opongan a la regresión que

⁴³ El 23 de junio de 2016 el Reino Unido decidió a través de un referendo, con 52% votos a favor y 48% en contra, separarse de la Unión Europea. Esperemos que este resultado abra los ojos sobre lo que acontece en Europa: de la misma manera que en los Estados Unidos hay una fractura, un foso que se amplía entre una elite política que perdió todo contacto con la realidad y amplios sectores de la población que sobreviven en el desempleo o con empleos mal pagados y que han perdido no sólo la esperanza sino la confianza en el sistema.

les impone Bruselas? Los esfuerzos de integración económica, incluso bien intencionados, pueden ser contraproducentes cuando se siguen doctrinas económicas cuestionables inspiradas por la ideología neoliberal y por los intereses particulares más que por la ciencia económica. No debe sorprendernos constatar que las políticas sirven los intereses de los que las implementan, incluso si recurren a ideas abstractas para justificarlas. La economía y la política son indisociables, aunque ciertos economistas desean vivamente disociarlas. Si la integración monetaria, en los países del norte de Europa como en los del sur, fue a menudo incapaz de aportar ventajas a las mayorías, una razón principal es que la integración monetaria fue más rápida que la integración política.

El euro —señala Stiglitz (2016, p. 36)— no era solamente un proyecto económico que apuntaba a mejorar los niveles de vida por diversos medios: volviendo más eficaz la asignación de recursos, aplicando los principios de las ventajas comparativas, reforzando la competencia, aprovechando economías de escala y fortaleciendo la estabilidad económica. Era sobre todo un proyecto político que estimularía la integración política de Europa acercando más los pueblos y los países europeos, y asegurando la coexistencia pacífica. Desgraciadamente, para el premio Nobel, el euro no alcanzó ninguno de sus dos grandes objetivos: ni la prosperidad, ni la integración política. De ello estamos más lejos en la actualidad que antes de la creación del euro. No es en la paz y la armonía sino con desconfianza y cólera que los europeos se miran entre ellos hoy. Los viejos clichés vuelven a circular cuando Europa del norte fustiga al sur calificándolo de perezoso, poco fiable y que los recuerdos del comportamiento de Alemania durante las dos guerras mundiales resurgen.

La historia de la zona euro —como dice Stiglitz (2016, pp. 16-17)— proporciona una lección de moral: muestra que los dirigentes habiendo perdido todo contacto con su electorado pueden concebir sistemas que no son buenos para sus ciudadanos. Muestra que los intereses financieros han privado en la integración económica y que el entusiasmo demencial de la ideología neoliberal y de los intereses puede llevar a estructuras económicas que, aunque son lucrativas para unos, son peligrosas para amplios estratos de la población. La historia del euro es también una historia hecha de banalidades enunciadas por políticos, como Wolfgang Schäuble, sin ninguna formación económica y que crean su propia realidad, una historia de decisiones tomadas para obtener ventajas políticas a corto plazo pero que tienen enormes consecuencias a largo plazo. Se insistió en no organizar la zona euro como un espacio donde los países fuertes estuvieran obligados a ayudar a los países que tienen un problema temporal. Esta decisión puede tener un cierto atractivo a los ojos de electores egoístas. Pero sin un mínimo de

riesgo compartido, ninguna unión monetaria tiene las más mínima posibilidad de funcionar.

Los que hicieron todo para persuadir a los ciudadanos de apoyar la creación del euro y la entrada a la zona euro les mintieron. Les prometieron que la creación del euro iba a aportarles una prosperidad sin precedente. Les habían garantizado que si los países respetaban las restricciones básicas de déficit y deuda pública, si las mantenían a un nivel débil en relación con el PIB, los países pobres de la zona euro iban a converger con los países ricos. Y resulta que ahora los dirigentes políticos, a menudo los mismos o que pertenecen a los mismos partidos, les dicen “!Ténganos confianza! Tenemos una receta, un conjunto de políticas. Pueden ser un poco dolorosas a corto plazo, pero a largo plazo van a mejorar la suerte de todos”. De todas maneras señalan los dirigentes alemanes: “no hay otra opción”.

Para Joseph Stiglitz (2016, p. 89-90), la crisis del euro ya tiene más de ocho años y es improbable que Europa regrese a un crecimiento robusto en un futuro próximo. Si ya resulta claro que se va a experimentar una década perdida, el riesgo es grande de que en el futuro se llegue a hablar del cuarto de siglo perdido en Europa. Lo que ya se puede afirmar es que la producción de la zona euro será inferior para siempre con respecto a lo que hubiera sido sin la crisis, inferior para siempre a lo que hubiera sido si la crisis hubiera sido mejor administrada. Y sus tasas de crecimiento en el futuro serán inferiores a lo que hubieran sido sin la crisis en caso de que la crisis hubiera sido mejor administrada.

Las instituciones de la zona euro —como el BCE, al cual se cedió soberanía económica— están lejos de ser democráticas. El déficit democrático ya visible en el nacimiento del euro no ha dejado de agravarse. Las grandes esperanzas que se habían puesto en el euro, que aportaría una integración política más sólida fundamentada en un reforzamiento de los valores democráticos, no han dejado de ser sólo eso: esperanzas. La realidad es otra (Stiglitz, 2016, p. 88).

En Europa se cometió un error: se creyó que el mejor medio de integrar más el continente requería una unión monetaria compartiendo una moneda única. Para salvar el proyecto europeo es indispensable reformar profundamente la zona euro, tanto en su estructura como en las políticas seguidas. Europa debe forzosamente regresar a su ideal, es decir, a los nobles fines que se fijaron cuando tuvo nacimiento la Unión Europea. El proyecto europeo es demasiado importante para dejar que el euro lo destruya.

El euro debe ser un medio al servicio de un fin y no un fin en sí mismo. Debemos pensar primero y antes que nada en los objetivos últimos: la prosperidad común de Europa y el reforzamiento de la integración económica y política. Para alentar la integración política europea hay otros medios

mejores que la integración monetaria que lo único que ha hecho es minar todo el proyecto europeo. De la experiencia de la zona euro puede sacarse una lección importante para el resto del mundo: “¡Tengan cuidado, no dejen que la integración económica vaya más rápido que la integración política! ¡Si alguien sugiere que la integración política se desprenderá naturalmente de la integración económica no lo escuchen! ¡Si alguien propone una unión monetaria sin integración política adecuada, mucho menos lo escuchen!” (Stiglitz, 2016, p. 363).

Para avanzar, el mejor camino es la creación de una comprensión común de las bases de la economía que abandone el neoliberalismo (o “fundamentalismo de mercado”) que hasta ahora ha configurado el proyecto de la zona euro. Ello exige más solidaridad y el abandono del compromiso común de seguir ciegamente reglas mal concebidas, cuyo efecto garantizado es la depresión y la divergencia. Así, podemos concluir diciendo que la moneda única se implementó prematuramente, antes de que las condiciones requeridas fueran satisfechas y de una manera que desgarró a Europa. La moneda única amenaza el porvenir de Europa. El proyecto europeo es demasiado importante para sacrificarlo en aras del euro.

Esperemos [dice el premio Nobel Joseph Stiglitz (2016, p. 399)] que el resultado del referendo sobre el Brexit despierte a los dirigentes europeos: si no vuelven a la Unión Europea más democrática, más responsable democráticamente y más próspera económicamente, las probabilidades de proseguir con la integración política y económica son nulas. Si la Unión Europea no aporta prosperidad a vastos componentes de su población no es a causa de fuerzas económicas inexorables, sino a causa de políticas económicas precisas, a menudo inspiradas por la ideología neoliberal y por los intereses de las grandes empresas y del sector financiero.

En este sentido estamos de acuerdo con el premio Nobel de Economía Maurice Allais, cuando señala que la construcción europea, de la cual el economista francés había sido uno de los más fervientes defensores, se había alejado de su proyecto original, bajo el efecto del “pensamiento único” de las grandes organizaciones internacionales —la Comisión de Bruselas, la OCDE, el Banco Mundial, el FMI—, cuyo postulado consiste en creer que el desempleo tiene por causa esencial las cargas salariales globales demasiado elevadas. Para Allais, “la política comercial de la Unión Europea poco a poco derivó hacia una política mundialista librecambista contradictoria con la idea misma de la constitución de una verdadera Comunidad Europea” (Allais, 2002, p. 89). De ahí su alegato en favor de una preferencia comunitaria, concebida como una “protección razonable y apropiada” (Allais, 2002,

p. 91) con respecto al exterior. Esta política ilustra a los ojos de Allais una verdad más general:

La liberalización total de los intercambios sólo es posible y deseable en el marco de acuerdos regionales, agrupando países económica y políticamente asociados, de desarrollo económico y social comparable y comprometiéndose a no tomar ninguna decisión unilateral, asegurando un mercado suficientemente grande para que la competencia pueda efectuarse de manera eficaz y benéfica (Allais, 2002, p. 93).

BIBLIOGRAFÍA

- Allais M. (2002), *Nouveaux combats pour l'Europe 1995-2002. Un aveuglement suicidaire, Pour une autre Europe*, París, Clément Juglar.
- Forowicz Y. (1995), *Economie Internationale A l'heure des grandes transformations*, Québec, Editions Beauchemin Itée.
- Galbraith, J.K. (2016), *Crise grecque, tragédie européenne*, París, Editions du Seuil.
- Généreux, J. (2016), *La déconomie*, París, Editions du Seuil.
- Guillén Romo, H. (2013), *Las crisis De la Gran Depresión a la primera gran crisis mundial del siglo XXI*, México, ERA.
- Holland, S. (2016), *Contra la hegemonía de la austeridad*, Barcelona, Arpa Editores.
- Kauffmann, P. (1997), *L' Euro*, París, Dunod.
- Mundell Robert (1960), "The Monetary Dynamics of International Adjustment under Fixed and Flexible Exchange Rates", *Quarterly Journal of Economics*, vol. 74.
- Perroux F. (1990), *L'Europe sans rivages*, Grenoble, Presses Universitaires de Grenoble.
- Siroën J M. (1991), *Le désordre monétaire international*, París, Hatier.
- Stiglitz, J E. (2016), *Leuro Comment la monnaie unique menace l'avenir de l'Europe*, París, Les liens qui libèrent.
- Varoufakis, Y. (2016), *Et les faibles subissent ce qu'ils doivent? Comment l'Europe de l'austérité menace la stabilité du monde*, París, Les liens qui libèrent.
- Varoufakis, Y. (2014), *Le Minotaure planétaire, L'ogre américain, la désunion européenne et le chaos mondial*, París, Enquêtes & perspectives, Editions du Cercle.